





863,33 Costa Rica 2050: relatos del cambio / Daniel Quirós, David Ulloa,
C972c Catalina Murillo; Olivia Fernández, Luis Chaves, Santiago
Porras, Shirley Campbell, José Pablo León, Camila Schumacher,
Leonardo Porras, Emilia Macaya, Ana Luisa Mora; ilustraciones
por Elizabeth Argüello. – 1a edición. – San José, Costa Rica:
Producciones del Río Nevado, 2021
200 páginas: ilustraciones; 15 x 15 centímetros.

ISBN 978-9930-9617-6-6

1. CUENTOS – LITERATURA. 2. LITERATURA COSTARRICENSE.
I. Argüello, Elizabeth, ilustrador II. Título



COSTA RICA



Relatos del Cambio

ÍNDICE

Introducción **6**

Prólogo **11**

CUENTOS

EL PODADOR

Daniel Quirós **14**

ECOLOGÍA DEL FUEGO

David Ulloa **28**

MAÑANA POR MÍ

Catalina Murillo **40**

COOL

Olivia Fernández **54**

UN ÁRBOL DE CAS

Luis Chaves **72**





- TODO SIGUE SUCEDIENDO, ABUELO**
Santiago Porras **92**
- EL JARDÍN MÁGICO**
Shirley Campbell Barr **106**
- EL MUSEO DE LOS PECES MUERTOS**
José Pablo León **122**
- VERSE EN LES OTRES**
Camila Schumacher **134**
- FLOR DE MAÍZ**
Leonardo Porras **148**
- CUESTIÓN TERRENA**
Emilia Macaya T. **164**
- TRANQUILA EDITH**
Ana Luisa Mora Fernández **178**
- Biografías de los autores* **196**

Introducción

Los grandes cambios exigen esfuerzos de la imaginación. Costa Rica se plantea grandes desafíos en su Contribución Nacionalmente Determinada presentada en 2020 (NDC 2020), el Plan Nacional de Descarbonización y la Política Nacional de Adaptación; cumplirlos requiere trabajo y compromiso, así como trabajo creativo que nos permita visualizarlo. Estos cuentos nos ofrecen una mirada a ese futuro al que aspiramos y a un futuro que tememos: un vistazo a lo que viene y lo que podría llegar.

En el prólogo a la NDC 2020, aceptamos como país que la transformación requerida para evitar las peores consecuencias del cambio climático será compleja, pero necesaria y posible. Este libro de cuentos nos muestra que esa transformación también puede ser deseable. Los relatos compilan 12 historias de personas costarricenses que viven en un futuro distinto; en algunos de estos futuros, las acciones climáticas que soñamos en nuestra política pública están en marcha; en otros, ha sucedido justamente lo que nuestros planes quieren evitar.

La acción climática existe para mejorar la vida de las personas. Queremos tener ciudades adecuadas para poder vivir en ellas; cultivos resilientes para



tener seguridad alimentaria; viviendas adaptadas para poder dormir en paz. Esos beneficios se reflejan en situaciones y momentos que no capturan los instrumentos de política pública: en las interacciones cotidianas, en nuestras aspiraciones y sueños, en la búsqueda de una vida feliz con quienes nos rodean. Estos cuentos nos ayudan a entender el impacto del cambio, en sus ramificaciones positivas y también en los riesgos que corremos si no asumimos este desafío histórico.

Como escribe Olivia Fernández, “las cosas mejoraron, y luego empeoraron, cosa que es común”. Las siguientes tres décadas tendrán mejoras y retrocesos que probablemente se irán alternando en una nueva realidad a la que llevarán nuestras acciones del pasado y el presente. Con suerte y con energía, como ella escribe, tomaremos decisiones que impidan que suceda lo peor.

El camino no irá en línea recta. Es posible pensar en futuros donde tomamos decisiones correctas y construimos comunidades y familias más seguras, pero no podamos solucionarlo todo, como explora Ana Luisa Mora. Incluso podríamos tener escenarios que Costa Rica activamente busca evitar, como el que relata Luis Chaves, con un programa de captura de carbono desvirtuado y que no pone a las personas en el centro de la conversación climática. La lucha debe ser intergeneracional, como relatan Santiago Porras, Catalina Murillo, Camila

Schumacher o Emilia Macaya; son discusiones que debemos tener en conjunto para evaluar qué deseamos y qué queremos evitar.

Costa Rica tiene las condiciones económicas y tecnológicas para la transformación. Lo que falta todavía es tener las conversaciones necesarias para impulsarlas, conversaciones de las cuales la ciudadanía se sienta parte. En busca de ello, proponemos estos relatos, como un modo de empezar la discusión e invitarnos a reflexionar sobre lo que podría venir y lo que podríamos hacer para construir un mejor futuro.

Este libro de cuentos no estaría en sus manos sin el apoyo que año con año ha prestado el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en los procesos de acción climática en Costa Rica. Los proyectos y programas costarricenses que han recibido apoyo del BID son numerosos y de gran provecho; no alcanza el espacio para nombrarlos todos y a las personas que los hicieron posibles, pero estoy agradecida de que se hayan aventurado a apoyar este libro como una manera de acercar la descarbonización y la creación de resiliencia al público general. Solo en conjunto lograremos encontrar el camino hacia adelante.

Andrea Meza Murillo

Ministra de Ambiente y Energía



eli

Prólogo

Existen al menos dos formas de leer el título *Costa Rica 2050: Relatos del cambio*. Por un lado, la frase hace referencia a un grupo de cuentos que ocurren en el futuro y abordan historias asociadas al cambio climático. Por otro, señala que es necesario cambiar algunos de nuestros hábitos más arraigados para evadir las formas indeseables de ese futuro. Evidentemente, las dos lecturas son correctas y complementarias. Una se materializa a través de la otra. Una funciona como el mapa del territorio que se propone explorar y la otra como el juego de posibilidades que se despliega en ese territorio.

“Estos cuentos nos ayudan a entender el impacto del cambio, en sus ramificaciones positivas y también en los riesgos que corremos si no asumimos este desafío histórico”, comenta en la introducción de esta antología la ministra de Ambiente y Energía, Andrea Meza. Más adelante señala: “los grandes cambios exigen esfuerzos de la imaginación”.

Cambio e imaginación conforman una dupla significativa en este proyecto. La imaginación es una herramienta que permite identificar algunos de los cambios que hoy nos resultan urgentes y necesarios. Es, muy convenientemente, el vehículo que nos transporta a un futuro escindido entre dos caminos: el deseable y el temible. Además, abre las puertas del diálogo sobre aquello que podría ocurrir si no tomamos acciones suficientes para combatir el cambio climático.

El apunte sobre la imaginación que se hace en la introducción de esta antología señala, por otra parte, que el proyecto se ha asumido con el propósito de ofrecer una publicación literaria, antes que una didáctica o divulgativa. Este es un rasgo que debe señalarse como una decisión visionaria de parte de la Dirección de Cambio Climático. Así, se ha privilegiado la narración en lugar de la lección con tintes morales. Las formas amplias y moldeables, que ofrecen espacios para la intuición, en lugar de un texto cerrado en sus propias ideas.

En un ensayo titulado *Nuevas tesis sobre el cuento* (1999), el argentino Ricardo Piglia afirma que “el arte de narrar es el arte de la percepción errada y de la distorsión (...) El arte de presentir lo inesperado; de saber esperar lo que viene, nítido, invisible, como la silueta de una mariposa contra la tela vacía”. En síntesis, eso se propone esta antología: retratar la crisis climática que atravesamos desde lo singular y lo que aún está por definirse, desde la sensibilidad y la

incertidumbre de doce escritores y escritoras que pertenecen a generaciones diversas y ofrecen un espectro amplio en sus motivaciones e intereses.

Esta diversidad de abordajes encuentra un centro de gravedad en las ilustraciones de Elizabeth Argüello, que le ofrecen a quien lee un espacio propicio para imaginar, sentir y presentir. Esa es la idea medular detrás de la antología *Costa Rica 2050: Relatos del cambio*. Quienes hemos tenido el privilegio de participar en su elaboración esperamos que funcione como hoja de ruta y oriente los pasos que debemos emprender, durante las próximas décadas. Buen viaje.

Comité Editorial

Coordinador Editorial



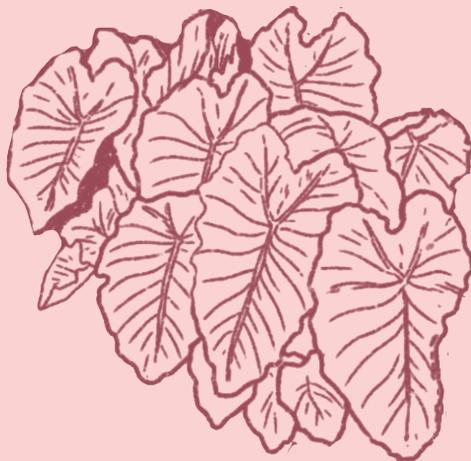
El podador

♦ *Daniel Quirós* ♦

Ernesto se levantó cansado y adolorido, como todos los días. Las mañanas no eran su mejor momento —Ernesto tenía pocos mejores momentos— así que no le preocupó mucho encontrar que sobre uno de los pies que había quedado fuera de las cobijas, había un tallo creciendo.

Será que todavía estoy dormido, pensó, o medio despierto, como aquella vez que le pareció ver a su abuela difunta en el cuarto —un suéter mal puesto— o un perro peludo donde solo había una alfombra igual de peluda. También a veces la C le daba un tipo de goma rara; una goma de cerebro, podría decirse, como una niebla en la cabeza o algo en la cabeza que era como un humo grueso y opaco.





Así que se desperezó un poco, se estiró y bostezó como en las películas, y se sentó sobre el borde de la cama, con los pies sobre el piso de madera. Volcó la mirada sobre los pies y esperaba ver lo que siempre veía, pero en vez de eso, vio lo que nunca veía y más bien se había convertido en una visión insistente: un tallo en el pie.

Era un tallo bonito, muy verde, sobre el pie derecho. Nacía o crecía o Ernesto no sabía muy bien qué del territorio general bajo su dedo pulgar e índice. Le hizo a Ernesto pensar en esos primeros experimentos que hacían los niños en la escuela —que él había hecho en la escuela—: crecer la semilla de frijol. Pensar que después de todos esos años aún persistía

ese experimento tan simple en las escuelas: sus padres lo habían hecho, sus abuelos y sus bisabuelos. Se recordó de niño mirando el tallo crecer, frágil y translúcido, contra la luz de la mañana. Pero más que todo, recordó el sentimiento de asombro y alegría, la fascinación y el sentimiento de que él y solo él era testigo a algún tipo de milagro secreto; ese florecer que era como un mundo en miniatura que nacía ante su curiosidad.

En la Academia aprendió por qué su planta de frijol había crecido más y más fuerte que la de sus padres y abuelos. Pensar que la descarbonización había llegado solo con su generación, y que, en algún momento, el país y el mundo argüían sobre sus efectos.

Y ahora que lo pensaba, tal vez había sido ese mismo sentimiento que lo llevó a matricularse en la Academia de Podadores. Era el mismo asombro, después de todo, los mismos ojos de un niño convertido en adulto que quería seguir cuidando de esa planta y verla crecer.

En la Academia aprendió por qué su planta de frijol había crecido más y más fuerte que la de sus padres y abuelos. Pensar que la descarboni-

zación había llegado solo con su generación, y que, en algún momento, el país y el mundo argüían sobre sus efectos. Hasta hubo aquellos —difícil de creerlo ahora— que argumentaban que más CO₂ en la atmósfera podría llevar a un crecimiento acelerado de plantas y árboles. Había sido el proyecto Jasper Ridge de la Universidad de Stanford —lo recordaría siempre de sus exámenes de historia— en los tempranos 2010, que

A Ernesto nunca le importaron esas discusiones. En las clases de la Academia se había dedicado a estudiar el crecimiento de flores y árboles, la taxonomía de semillas y raíces.

había comprobado que esto era solo parcialmente cierto. Más CO₂ en la atmósfera podía llevar a un crecimiento acelerado del reino vegetal, pero en aislamiento, no en el mundo real donde se combinaba con otros factores: temperatura, precipitación, viento, sol, tierra. Al final, no había sido el CO₂, sino el nitrógeno. El nitrógeno que nadie sabía por qué o cómo había aumentado en los suelos al bajar los niveles de CO₂, y que actuaba, como un fertilizante natural. Cuando Costa Rica alcanzó la descarbo-

árboles, la taxonomía de semillas y raíces. Por qué estaban ahí o cómo habían crecido tan rápido, nunca le había interesado tanto como hundir las manos en la tierra y ver todo crecer y crecer; servir de alguna manera a ese crecimiento.

Después de todo, él había sido parte de esa generación que vio la ciudad inundada por enredaderas y ramas; palmeras que se habían extendido sobre las torres eléctricas y que después llevaron a esas mismas torres a ser reemplazadas por cables subterráneos y trenes eléctricos que pasaban entre túneles de selva y flor.

Pero en algún momento, esas mismas flores empezaron a inundar las calles en diferentes épocas del año, como ceniza de colores. Los senderos de los corredores biológicos interurbanos crecieron desmesurada-





nización en el 2050, el nitrógeno creció y creció en las tierras, algunos decían que por la influencia de los volcanes. Los científicos estaban confundidos, pero siempre habían estado confundidos.

A Ernesto nunca le importaron esas discusiones. En las clases de la Academia se había dedicado a estudiar el crecimiento de flores y

mente; también las bromelias que empezaron a colgarse de los balcones de apartamentos. De repente los buses eléctricos necesitaban reparaciones constantes porque se les llenaban los motores de semillas y hojas. Los techos y las azoteas se cubrieron de musgo de diferentes colores, como alfombras instaladas en una ciudad que se volvía un solo cuarto.

Por eso se formó el Comité de Monitoreo de la Flora Nacional dentro del MINAE y luego la Academia de Podadores como un tipo de élite de jardineros; de repente uno de los trabajos más importantes en la nueva economía verde.

Los años en la Academia habían sido rigurosos para Ernesto: su especialización en la polinización de una orquídea nueva y poco conocida, sus años de trabajo de campo y su práctica. Eventualmente, había terminado como principal en una brigada de podadores en el Sector Oeste, poco después de que este reemplazara las viejas ciudades de Escazú, Santa Ana y Ciudad Colón. Salía con la brigada a podar ramas y enredaderas que se habían apoderado de edificios y calles, a tapar huecos en árboles viejos—las lapas hacían sus nidos ahí y se convertía en un problema para los vecinos—, recolectar carretillos llenos de flores, o cambiar las redes que atrapaban el polen para contrarrestar las nuevas epidemias de alergias.

Ernesto se empezó a cansar. Podaba una enredadera que estaba causando grietas en las paredes de algún lugar, y al rato, tenía que volver a



hacer lo mismo. Sacaba las raíces que crecían dentro de los tanques de agua y las alcantarillas, y después debía sacarlas de nuevo, como pulpos tercos que se aferraban a las profundidades. Además, los cabrones de Fauna empezaron a pasarles responsabilidades indirectamente, como con las manadas de pizotes que convergían sobre los centros comerciales —ellos decían que era cuestión de un tipo de fruto que les gustaba comer y, por ende, responsabilidad de Flora— o los jaguarundis que atacaban a las mascotas en las casas —supuestamente porque las ramas de los árboles estaban muy largas—. Encima de todo, estaba el problema de la maleza. La maleza que crecía y crecía, sin fin aparente. Ernesto necesitaba casi un cuarto de su brigada para combatirla a diario. Era demasiado, y francamente, no daban abasto.

Aparte del cansancio, Ernesto también había empezado a sufrir dolores de cuerpo, lesiones de varias caídas al podar que le tenían la espalda hecha leña y habían sido la razón para dos operaciones. Había empezado con la C como una manera de aliviar el dolor constante, pero ahora lo que tenía era una adicción. Al principio, la tomaba solo para dormir. Luego la excusa era aguantar las horas de trabajo extra o los días de trabajo más largos, hasta que se vio tomándola cada día, especialmente al despertar, cuando el cansancio y el dolor lo abrumaban. No podía

Los intentos patéticos de su brigada y de las múltiples brigadas, con sus cientos de podadores, eran parte de una lucha que no podían ganar. Esa lucha además respondía a un concepto de desequilibrio, de orden y desorden, que ya no existía.

pasar el día sin la C, y además le estaba saliendo caro, porque cada día los híbridos —C mezclada con aceite de hongos alucinógenos, reina de la noche o incluso yagé— estaban más caros y más potentes. Había más baratos, pero esos eran los sintéticos y los sintéticos encendían regiones de su cerebro que no le ayudaban. Mejor lo natural. Pero tenía que pa-

garlo, y además gastar un platal en frascos de orines ajenos —también naturales o sintéticos—, comprados en el mercado negro para pasar las pruebas de detección de drogas.

Cuando se levantó y vio el tallo sobre el pie, por alguna razón pensó en ese lugar. Tal vez era el sueño que aún traía encima o el efecto de la C.

Ernesto también necesitaba la C para que le aliviara ese sentimiento creciente de que era inútil todo aquel trabajo. Más que eso, innecesario. Los intentos patéticos de su brigada y de las múltiples brigadas, con sus cientos de podadores, eran parte de una lucha que no podían ganar. Esa lucha además respondía a un concepto de desequilibrio, de orden y desorden, que ya no existía. Podar no es natural, habían empezado a decir los nuevos grupos ambientalistas, y Ernesto se daba cuenta —en secreto, por supuesto—, que estaba más y más de acuerdo.

A la misma vez, había empezado a soñar —no sabía si era un efecto de la C o la C que le hablaba— con una ciudad cubierta de jungla y lianas.

En sus sueños, veía edificios manchados con líquenes de colores brillantes, como algas vivas sobre el viento. Lo extraño era que no veía gente en esos sueños y no estaba seguro de cómo sería la gente de aquel lugar. Intuía que estaban ahí, pero eran como sombras o como cuando se cree ver sombras en las esquinas de los espejos. ¿Serían ruinas lo que veía o una ciudad viva, que palpitaba bajo todo ese verde?

Cuando se levantó y vio el tallo sobre el pie, por alguna razón pensó en ese lugar. Tal vez era el sueño que aún traía encima o el efecto de la C. Pensó que el tallo posiblemente se le había metido entre las medias durante la podada —a veces se desvestía por las noches y encontraba hojas o ramas; pedazos de algún nido que habían tenido que trasladar—, pero cuando lo jaló, estaba pegado a la piel. Lo arrancó como un pelo mal puesto. Después lo sostuvo frente al rostro y lo examinó.

En serio se parecía a los tallos de frijol, pensó, un verde pegajoso como sangre viva. Lo botó sin pensar más en él; después caminó al baño y le dio instrucciones a Alexa para que preparara el desayuno. De camino al trabajo, se sentó con el termo de café sobre uno de los asientos del tren eléctrico. Había tenido suerte, porque casi nunca había espacios disponibles y mucho menos como ese, sin



mujeres embarazadas a la vista u otros remordimientos de conciencia. Tomó del café y se sentó a ver la ciudad pasar. A esa hora de la mañana, la vegetación siempre estaba cargada de bruma y humedad. Pasaron frente a un grupo de colibríes que se sostenía en vuelo frente a macetas de geranios en el balcón de una casa. A la distancia, una escuela de lapas alzaba vuelo desde el Templo Colón.

No puede ser, pensó, mientras el tren entraba en un túnel de selva. En el reflejo del vidrio, se miró frente al blanco y negro de la velocidad y se sintió desplazado

Ernesto empezó a sentirse mejor, más alerta y con menos dolor: la C comenzaba a hacer efecto. Tomó del café, y al bajar el brazo, vio que tenía otro tallo. Era igual al primero: verde, translúcido, sobre el centro del antebrazo.

No puede ser, pensó, mientras el tren entraba en un túnel de selva. En el reflejo del vidrio, se miró frente al blanco y negro de la velocidad y se sintió desplazado, en otro lugar, como si volviera al sentimiento de su sueño o el lugar que había visto en él. Salieron del túnel y el tallo

seguía ahí, verde entre los vellos negros. Ernesto pensó que podría ser la C; algunos decían que su uso prolongado podía causar alucinaciones —otros las llamaban visiones—. Jaló del tallo para asegurarse que estaba ahí y sintió el pellizco y vio la piel estirarse. Será que me estoy volviendo loco, pensó, o que de alguna manera este trabajo se me está yendo a la cabeza.

Tocó el tallo de nuevo y decidió que no lo tocaría más, para ver qué pasaba o si pasaba algo. Lo dejó crecer. Para el mediodía, cuando almorzaba con la brigada sobre una loma de maleza que debían cortar, había crecido un poco —un par de centímetros, quizás—. En la noche, después de unas cervezas en el bar con una colega que le encantaría hacer su novia, había crecido dos más.

Esa noche, Ernesto se fue a dormir y soñó largo y profundo, pero cuando despertó, no recordó lo que había soñado. Tampoco sintió cansancio o dolor. Se sentó en el borde de la cama, como todas las mañanas, y miró que tenía más tallos: sobre los dedos de los pies, sobre una pierna y también sobre el mentón, como si hubieran crecido de su barba. Sobre el antebrazo, también tenía varios más. Eran todos verdes y translúcidos, y en el centro de ellos, había nacido una flor.

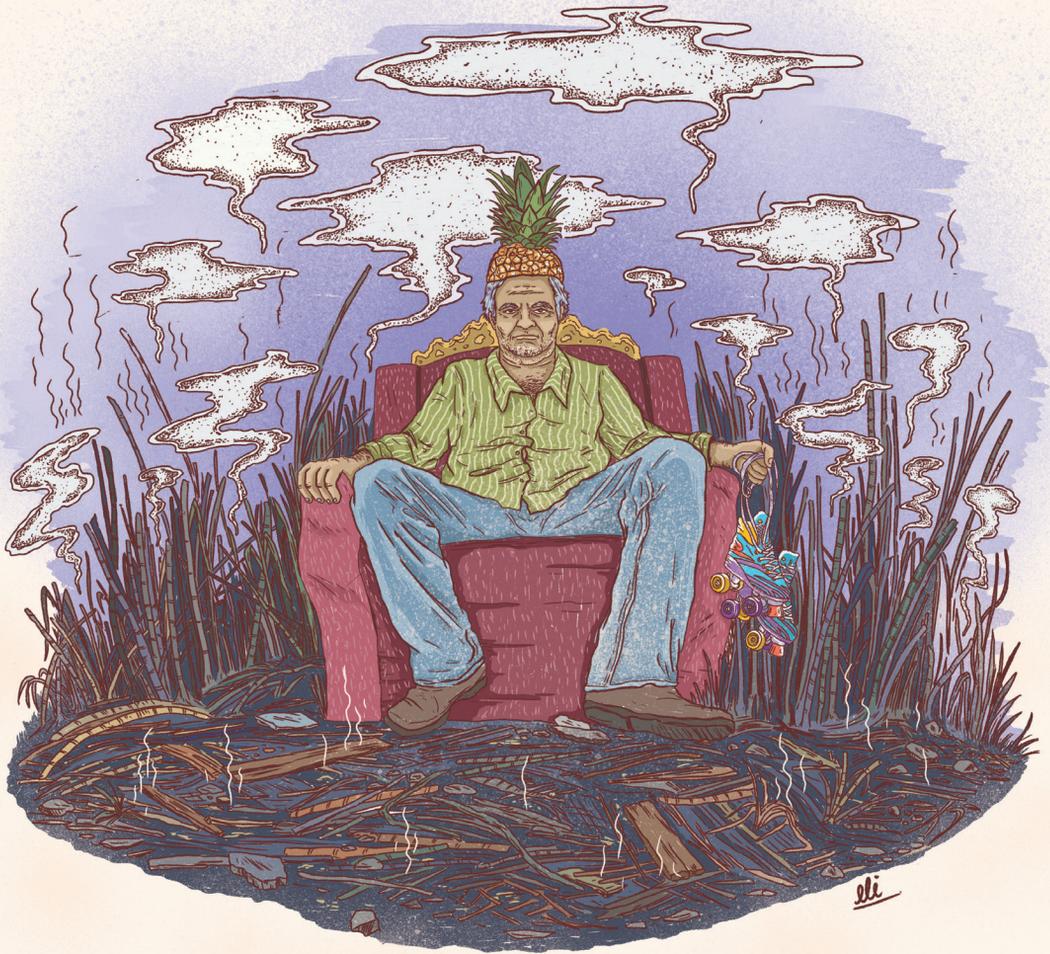


Ecología del fuego

♦ *David Ulloa* ♦

*Si ese niño de ojitos de agua
te hubiese podido decir la verdad
sé que le hubieras estrechado entre tus brazos
tus brazos siempre tan fuertes
tan fuertes incluso antes de quebrarse
tan fuertes incluso antes de deshacerse en polvo.*

Óscar Espirita



eli



Entré a la casa como siempre, deseando que me estuviera esperando. Que pronunciara mi nombre en un tono nuevo. Esta vez me esforcé por no arrastrar los pies, por no caminar delicado. Entonces marché. Marché hasta la sala porque sabía que lo encontraría discutiendo con el televisor, rabiándole a los que lideran el nuevo mundo. Ahí está, rendido en su sillón, cada vez más envejecido y doblegado mi pobre viejo. Me paro a su lado sin decir nada, que el olor a barro y a gasolina lo despierten. Que al abrir los ojos sea yo sea lo primero que vea y me encuentre

brillante en sudor, la piel en rojo encendido, firme su soldado.

“¿Qué hiciste?”, me preguntará sorprendido con esa cara torcida que pone cuando está obligado a verme de pies a cabeza. La primera vez que vi esa mueca fue cuando yo tenía seis años y salí del cuarto subido en un par de patines con ruedas neón.

Mi madre, justo ahora, la recuerdo. Siempre haciendo su mayor esfuerzo para reconciliarnos, para que él y yo nos quisiéramos mejor. Pero tan calladita, tan mínima comparada con los puños del viejo.

—Patines, entonces— murmuró frente a mí con los puños en la cintura. Y volvió la cara torcida hacia mi madre que nos miraba desde la cocina. —¿Por qué no una bicicleta primero? De todas formas este país solo quiere hombres subidos en bicis. Cada vez menos carros, menos camiones, menos hombres— se decía a sí mismo mientras me pasaba de largo hacia donde lo aguardaba una mujer temerosa.

Mi madre, justo ahora, la recuerdo. Siempre haciendo su mayor es-



fuerzo para reconciliarnos, para que él y yo nos quisiéramos mejor. Pero tan calladita, tan mínima comparada con los puños del viejo. ¿Cómo más iba a poder defenderme? Solo tenía en su arsenal frases dulces y ralas: “Ahorita crece y se le pasa”, “Es porque todavía está apegado a mí, ya verás como se convierte en vos”, “Seguro es culpa mía, perdonáme”. Esas frases que él nunca creyó, pero que enunciadas por esa voz dulce y temblorosa, por lo menos, lo apaciguaban.

Todavía puedo escucharla suplicándole para que no me llevara a chorear las piñas. —Dicen que eso ni es legal y si me lo matas qué hago yo— le repetía entre sollozos. Desde ese día y cada mañana se subían a su camión un grupo de campesinos, cada uno con un pañuelo en la boca, y él se los llevaba para el campo. Cuando esos hombres dejaron de llegar, se llevó a sus hijos. Pero nunca a mí. Yo anhelaba que me cubriera la cara

y me llevara a mí. Me imaginaba sobre sus hombros recorriendo los campos, aterrizar en el pasto y mientras admirábamos las nubes compartir pedazos de piña recién abierta. La piña dulce del viejo.

¡Qué ingenuo! Igual que mamá. Ella creyó que nos habíamos salvado

Lo que es seguro es que a pesar de todo la extraña, que sufre su ausencia aunque nunca hable de ella. Así es el Rey Piña: áspero por fuera, acorazando un corazón que raspa y que a mí siempre me ha coartado las palabras.

de aquel veneno, pero secos quedaron los campos y seca quedó ella en su lecho de muerte. La mató él, ¿o fue el agua? Lo que es seguro es que a pesar de todo la extraña, que sufre su ausencia aunque nunca hable de ella. Así es el Rey Piña: áspero por fuera, acorazando un corazón que raspa y que a mí siempre me ha coartado las palabras. Por eso a mí también me hacen falta las que le decía ella, especialmente desde que empezó la transición aquí en el cantón. Ay, viejo, ¡qué susto me pegaste ese día! Rompiste sillas, ahuecaste paredes y hasta empuñaste el machete que usaban los peones para abrir caminos entre la maleza, el más

filoso. Ese par de señores del Gobierno no sabían ni para dónde correr. Y ella como siempre detrás tuyo, tratando de anestesiarte con su vocerita y sus rezos y sus súplicas.

—Escuchalos un momentico a ver qué es lo que hay que hacer, no te sulfurés— maullaba ella.

—NO TE METÁS QUE NI ESTOS HIJUEPUTAS NI NADIE ME MANDAN A MÍ NI A MI TIERRA— rugías vos. Creo que ese día ella se empezó a morir, ni tu mujer ni tus tierras pudieron seguirte el paso.

Y tus camaradas finqueros también te abandonaron, los vende patrias. Les pediste que se unieran a la cruzada, que cerraran filas por los valores de la Costa Rica campesina con los que te crío tu padre y con los que vos criaste a tus piñas. Pero no hubo forma. La ganadería de los Montero la transformaron ante nuestros ojos, desde los pastizales hasta el forraje. Las hectáreas de caña de los Soley empezaron a tupirse diferente, cada vez más verdes. Todos hablando de formas de hacer que vos ya no entendías. La nueva labranza aquí, la buena fertilización allá, todos jugando en este nuevo mundo en el que vos terminaste perdiendo. Vos conmigo. Los perdedores.

¿iPero cómo vas a ser vos el perdedor si sos el Rey Piña



ah!? No, señor. Despertáte y miráme viejo, te vengué. El mariconcito pudo solo con toda la caña de los Soley. No quedó nada. ¡Solo cenizas! Son cenizas papi y lo hice yo, lo hice por vos. ¡Papi despertá! ¿Qué, no me vas a decir nada? Miráme como vengo, decíme algo. ¡Celebremos! Abrazame, papi. ¿Que no me ves cómo vengo, ah? ¡Papá! ¡VOLVÉME A VER VIEJO HIJUEPUTA!

¡TUM! ¡TUM! ¡ITUUUM! Lo despertaron unos tumbos en la puerta. — Este degenerado quedó afuera otra vez, pero me va a oír— se dijo a sí mismo mientras se levantaba del sillón.

—Buenas noches señor, disculpe la molestia. ¿Es usted Carlos Cordero?

—Don Carlos Cordero. Y no lo disculpo, ¿está viendo la hora?

—Don Carlos, me disculpo de nuevo, pero es un asunto urgente.

—Si es tan urgente hable más rápido.

—Soy el oficial Monge, de la delegación de Cutris.

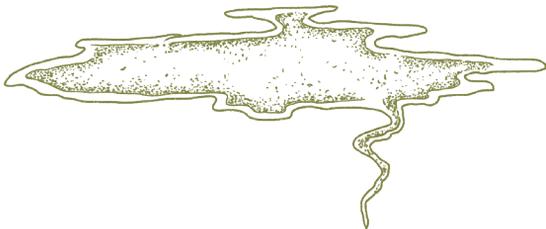
—¿Y hoy a qué vienen, fantoche? ¿Qué es la necesidad ahora?

—No, señor, no es lo que se imagina.

—¿A qué entonces?

—Su hijo Charlie, ¿sabe usted dónde está?

—¡Carlos! Yo lo bauticé Carlos y se llama Carlos, no tengo ningún hijo



Charlie, ¿me entendió?

—Claro, perdón. Es que me dicen que así lo conocen en la zona.

—Lo conozco yo que soy el tata.

—Sí, señor, claro. ¿Sabe usted dónde está Carlos? ¿Lo ha visto hoy?

—¡CARLOS! ¡CAAARLOOS! ¡CARLOS, CARAJO!

—Don Carlos...

—Pues parece que no está, buenas noches.

—No, Don Carlos, perdón, deme un momento. ¿Me podría decir cuándo fue la última vez que vio a su hijo?

—Ayer, antier, hace una hora...

—Don Carlos, necesito que sea preciso, hubo un accidente y...

—Vea, ¿Mora es que se llama? Si es que lo agarraron en las termales otra vez lléveselo. Es más, agarre a todos los hijueputas que se meten a esos montazales a ver si escarmientan, a ver si se enderezan.

—No, don Carlos, no es eso. Lo que pasa es hubo un incendio en la finca de los Soley.

—Ajá, se le quemó la cañita a Braulio.

—Casi cinco hectáreas.

—Por pendejo.

—¿Disculpe?

—Vea, esta es una comarca de dóciles. Soley fue uno de los que dijo que sí a todo, es un menguado. Y vea las consecuencias. Es que, ¿cuál era la necesidad de cambiar lo que funcionaba? ¿Me entiende?

—Don Carlos, permítame explicarle mejor, el problema es que al parecer

Soley fue uno de los que dijo que sí a todo, es un menguado. Y vea las consecuencias. Es que, ¿cuál era la necesidad de cambiar lo que funcionaba?

el incendio fue provocado.

—Pues claro, si no saben lo que están haciendo.

—Provocado quiere decir que fue vandalismo y, don Carlos, por eso estoy aquí. Tenemos motivos para pensar que fue su hijo.

—¿Mi hijo Carlos? ¿Haciendo una quema? Mire, muchacho, no me haga reír que me da tos.

- Don Carlos, no estamos seguros, pero...
- Vea, seguro puede estar de que ese huevón no mata ni una mosca. Se orina, vea, se obra en los pantalones antes de hacer eso. Ya quisiera yo...
- ¿Que su hijo sea un delincuente?
- ¡Que sea un varón!
- Vea, don Carlos cálmese y ponga cuidado. Cuando empezó a arder aquello uno de los peones de la finca dice que vio a un hombre ahí metido tirando gasolina y que se parecía a Charlie, perdón a Carlos. No está seguro porque no se pudo acercar mucho por el fuego, y bueno después...
- ¿Se les escapó? Es que ya ni eso
- El hombre quedó atrapado. El fuego lo rodeó y no le quedó salida.
- Revisen si no fue Soley pa' cobrar algún seguro, viejo cascarudo.
- Por supuesto que no don Carlos, don Braulio está muy afectado por lo que pasó.
- ¿Y yo qué hago? ¿Quiere un abrazo o qué es la lloradera?
- A ver, el sujeto murió asfixiado por el humo. Los bomberos pudieron sacarlo pero tenía quemaduras muy graves del pecho para abajo, de cualquier manera no hubiera sobrevivido. Y, don Carlos, lo siento muchísimo, pero necesito que me acompañe a identificar el cuerpo.
- ¿Que lo identifique yo? Ese no es el hijo mío, a por derecho se lo digo.



—Don Carlos sé que es difícil, pero usted es el único familiar directo de Carlos. Y aunque hay varios testigos que confirman que es él por el pelo largo y los aretes, necesitamos que usted...

—Vea, Mora, suficiente. Le voy a seguir el jueguito para poder verle la cara cuando le diga que ese no es Carlos. Vamos ya de una vez, camine.

—Gracias, Don Carlos, vamos. Eh, perdón, ¿va a dejar su puerta abierta?

—Sí, ahorita llega Charlie. Casi siempre se le olvidan las llaves o las deja perdidas y tengo que levantarme yo a abrirle. Dejemos así, ahoritica llega.



Mañana por mí

♦ *Catalina Murillo* ♦

Si estás —¿estoy?— leyendo esta carta, ¡es que me salí con la mía! Lo logré. Lo logramos. Hoy termina el año 2020. Tengo ochenta años y siento cerca el fin de esta vida mía, en la que me hago llamar Tulita. Me estoy mandando esta carta a mí misma, allá al futuro. ¿Qué año será cuando la encuentre? ¿Qué año es?, te pregunto. Y te —¿me?— saludo, aquí desde el pasado, tu pasado, mi presente.

Faldas del Irazú, 31 de diciembre de 2020, escribió en la parte alta del papel la mano tosca y pecosa de Tulita. Era casi medianoche. Normalmente debería estarse escuchando al fondo el frenesí de las bombetas, allá abajo en Cartago, pero no sonó ni una esa Nochevieja.



Con el cambio de año, se despierta un optimismo infundado que logra arrastrarte, pensó Tulita, y se sentó esa última noche del año pandémico a escribirse una carta. Sí, escribirse, a sí misma. Y después de escribir la fecha y el lugar, volvió a ver por la ventana para recordar, como en las películas viejas.

Un bosque joven era lo que se veía, y en el bosque, el pasado. Marga decepcionada diciéndole: “Vos estás desquiciada”. Pobre Marga, sonrió Tulita como sonriera entonces con la desesperación de su amiga, mucho creer en la ley de la atracción

Un bosque joven era lo que se veía, y en el bosque, el pasado. Marga decepcionada diciéndole: “Vos estás desquiciada”. Pobre Marga, sonrió Tulita como sonriera entonces con la desesperación de su amiga, mucho creer en la ley de la atracción, pero el “gordo” le había tocado a Tulita, que ni lo buscó ni lo deseaba siquiera. En el pueblo habían rifado un entero de lotería navideña para ayudar a un barrio que había quedado destruido por unas inundaciones. Tulita se ganó el entero y se olvidó del pedazo de

papel hasta que le dijeron que le había tocado el premio mayor. Millones, millones, millones, que ella ni había buscado, ni necesitaba, ni quería.

Eso había sido en 1999. Tulita tenía 59 años. Marga juraba que ahora su amiga la invitaría a un crucero o algo. Pero lo que hizo Tulita dejó decepcionada a Marga y admirado a todo el mundo. Compró los potreros pelados y lotes baldíos alrededor del pueblo, y no para hacer un desarrollo inmobiliario, sino para reforestarlos y crear una reserva natural con árboles de crecimiento lento.

“Perdoname, mujer, pero con la edad que tenemos, de ese bosque no sale ni la madera para nuestros ataúdes”. “Eso espero”, reafirmó Tulita. Marga estaba urgida de una explicación a tanta extravagancia. Tulita se quedó mirándola evaluando si decirle la verdad hasta su último extremo.



“Lo hago por mí”, confesó al fin. “Yo estoy segura de que existe la reencarnación. La gente dice que hay que cuidar el planeta para las criaturas que vienen después, pero las que vienen después somos nosotras mismas! No es que yo crea en el karma, es que nos salta a la vista, en la más mínima acción”, dijo Tulita. “Karma el mío – suspiró Marga–, que mi mejor amiga se gana la lotería y no me lleva ni de compras a Miami”. “Marga, en 2100 ¡o antes!, andaremos como personajes de la biblia, atra-

En las ciudades no quedará nadie”, remató Tulita. “Ah, pues entonces yo pido reencarnar en cucaracha —dijo Marga con indolencia—;

vesando desiertos, buscando algo que llevarnos a la boca. Y lo sufriremos, en otro pellejo, pero seremos nosotras. Sufriremos el horror que estamos generando ahora. En las ciudades no quedará nadie”, remató Tulita. “Ah, pues entonces yo pido reencarnar en cucaracha —dijo Marga con indolencia—; no me parece mal, chapotear en los desagües y que cada basurero sea un banquete”. Tulita pensó un par de frases

afiladas que podrían decapitar a Marga; pero temió al karma y mejor se calló. Si iba a lanzar sermones, que fuera a sí misma.

Es lo que está haciendo veinte años después, lapicero en mano, viendo por la ventana los árboles que han crecido seis metros en veinte años.



Querida, o querido (por karma, creo que en la próxima seré hombre): el karma existe, pero no es lo que la gente cree, empeñada en ver las cosas en términos de castigos y recompensas. El karma es más sutil que eso. Karma son las consecuencias paradójicas de lo que hacemos, y que tardan más en manifestarse. Seremos los hijos de nuestros tataranietos. Seremos la cosecha de nuestra propia siembra. Somos nuestros propios ancestros. Eso creo y eso espero creer cuando lea esta carta, quién sabe cuándo.

Los ojos de un chiquillo de once años recorren las primeras líneas de la hoja de papel. La carta es demasiado larga y la caligrafía nada fácil de leer. Él es muy niño. Tiene en sus manos una carta escrita de puño y letra de la mujer que hace medio siglo inició la Reserva Natural Iztarú. No, él no puede entender la magnitud de lo que está sucediendo en ese

momento. Lo entendería treinta años después, en 2080, viendo a los embotelladores de aire desde su ventana. Entonces, como un latigazo, recordaría esa otra mañana.

Esta, en la que tiene en sus manitas la carta escrita por aquellas otras manos que, dice la carta, también fueron las suyas. Una horas antes, al amanecer, un quetzal se acercó de forma inusitada a su ventana. Él salió

Nadie ve la dimensión de la tragedia climática que se nos avecina. Imagino que en unas décadas la vida se parecerá más a la de mis ancestros que a la mía. Con el desastre ecológico que hemos creado, obtener agua, aire y sacarle alimento a la tierra será nuestro mayor reto y lo que ocupará nuestras vidas.

de la casa y lo fue siguiendo, al pájaro que saltaba de árbol en árbol, hasta que, llegado a un punto, desapareció. Él se sentó en una raíz gigante en la que descubrió un brillo extraño. La raíz tenía agarrada —literalmente, como una mano de múltiples dedos larguiruchos— una botella de vidrio. Y dentro de la botella, la carta enrollada.

Nadie ve la dimensión de la tragedia climática que se nos avecina. Imagino que en unas décadas la vida se parecerá más a la de mis ancestros que a la mía. Con el desastre ecológico que hemos creado, obtener agua, aire y sacarle alimento a la tierra será nuestro mayor reto y lo que ocupará nuestras vidas. Vivir será sobrevivir. Si renazco en ese futuro, espero que sea a la vera de la Reserva Iztarú, y llevar una vida parecida a la de mi abuelo, que se perdía por el monte y lo llamaban a gritos.



“Trucutruuuu”, una voz lo llama. A gritos, ¡en ese preciso instante! Trucutrú no es su nombre oficial. La aclaración parece ociosa, pero después de la pandemia de 2040 a la gente le dio por ponerles nombres raros a los niños. En su caso, no fue eso. Trucutrú fue la primera palabra que dijo y, viendo la gracia que causaba en sus mayores, la repetía a menudo, hasta que terminaron por llamarlo así.

Trucutrú guarda la botella con la carta entre su camiseta y se va a casa a almorzar. Un instinto le dice que no enseñe a nadie su hallaz-





go. La carta es larga, le da pereza leerla. La esconde entre sus tesoros de infancia y se olvida de ella, de la carta y de la infancia.

Él pronto dejará de ser Trucutrú. En la pubertad, se hizo llamar Truk, y así se quedó.

¿Adónde van las cosas que nadie ve, que nadie supo nunca? ¿Qué pasa con lo que pasa sin que nadie sepa que pasa? Dios será eso. Dios, el chi o la divinidad será esa consciencia absoluta, para la cual todo tiene sentido. Que teje su trama por debajo. Como esto:

Durante el tiempo de la pandemia 2020, un quetzal empezó a llegar hasta los linderos del bosque recién nacido de Tulita. Ella, con el corazón en un puño, lo vio, sabiendo que si el ave llegaba hasta ahí era porque ya no hallaba comida ni agua en ningún sitio. Tulita deseaba pedirle perdón, perdón por lo que hemos hecho con el planeta, la casa de todos; perdón por el sufrimiento que hemos causado. Al quetzal le puso un nombre y el pájaro resplandeciente parecía entenderlo. Hasta que un día dejó de venir. Durante un tiempo Tulita seguía llamándolo: “Trucutruuuu”.

Nadie nunca supo esto. Nadie pudo emocionarse ni sorprenderse siquiera. Y lo que nadie sabe es como si nunca hubiera pasado. El azar se convierte en destino cuando lo ve ese ojo celestial. La verdadera historia se construye en otro sitio, fuera del tiempo, y ahí halla sentido.

Nadie nunca supo esto. Nadie pudo emocionarse ni sorprenderse siquiera. Y lo que nadie sabe es como si nunca hubiera pasado. El azar se convierte en destino cuando lo ve ese ojo celestial

2080. Truk es un hombre agotado. Son demasiados años de lucha. Desde la ventana, ve cómo los cíborgs de un consorcio internacional embotellan aire de la Reserva Iztarú para llevarlo a las minípolis flotantes en el océano Pacífico, los sitios donde viven los dueños del mundo. Truk ha perdido la batalla. Los habitantes de Iztarú han aprobado la venta del aire.

Entonces, desesperado, Truk tiene algo que no sabe si es un recuerdo o un delirio. Al igual que alguna gente que ha estado a punto de morir ha visto su vida en un instante, Truk ve, condensado en un fragmento de segundo, el nacimiento del bosque, los pequeños arbolitos con sus raíces

ya tres veces más grandes que ellos, y unas manos que los plantan. Truk sabe que él vio nacer ese bosque, hasta le parece verlo, desde una ventana, una noche... Y un papel... que unas manos meten en una botella.



La botella... ¡La botella! Es como si se abrieran compuertas hacia atrás en el tiempo y Truk escucha de fondo “Trucutruuuu”. Corre a buscar su caja de recuerdos, saca la carta y la lee por primera vez. En ella está escrito todo, todo, hasta ese mismo momento. Más que del pasado, la carta parece venir del futuro, o es que el tiempo es circular; pasado, presente y futuro son un bucle. Y ya están escritos.

Costa Rica dejará de ser un país pobre y esa será su desgracia. Mientras no tuvo oro ni petróleo, se salvó de la depredación. Pero se acercan los tiempos en que el agua y el aire serán los mayores tesoros. Cada comunidad deberá defenderse por sí misma. Tanto ricos como pobres vivirán encapsulados, luchando por sus parcelas.

Privilegiadas serán aquellas personas que al levantarse puedan llenarse de aire fresco los pulmones, beber agua fresca y alzar la mano para coger la fruta de un árbol. Pero no lo sabrán ni cuando lo pierdan.

Truk sintió un dolor que lo quebraba por dentro. La carta describía con precisión fotográfica la situación actual. Había esperado años en una botella y había llegado hasta sus manos, pero él la había olvidado. Le había fallado a Tulita, que era fallarse a sí mismo. Y a la humanidad.

La reencarnación es de nuevo creencia generalizada, ya nadie quiere alargar su vida, sino vivirla con intensidad, hasta que le revienten las vísceras. Ya habrá más vidas, dicen, y vuelta a empezar.

Aunque... Qué habría sido distinto, se preguntó, si hubiese leído la carta antes. ¿Acaso no llevaba toda la vida defendiendo aquel bosque? Y además, ¿no era eso el karma, según lo decía la propia carta? Una persona renuncia al dinero por plantar un bosque y tiempo después otras renuncian al bosque a cambio de dinero.

Reserva Iztarú, 31 de diciembre de 2133, escribe en la parte alta del papel la mano nudosa y pecosa del viejo Truk. Tiene 83 añazos, como casi nadie en esos tiempos. Pasar de sesenta es una rareza que la gente



no ambiciona. La reencarnación es de nuevo creencia generalizada, ya nadie quiere alargar su vida, sino vivirla con intensidad, hasta que le revienten las vísceras. Ya habrá más vidas, dicen, y vuelta a empezar.

El viejo Truk ha llevado una existencia sencilla y frugal, en su cápsula de guardaparques en la entrada de la Reserva Iztarú. Tampoco en esta vida ha tenido descendencia. Se siente tranquilo pero cansado. Vivir en la Tierra es cada vez más infame; le gustaría no volver a nacer, pero no sabe cómo se consigue eso. Por si acaso, ha dispuesto todo para ser enterrado ahí mismo, y esa última noche del año se sienta -de nuevo, como tantas en otros tantos pasados- a escribirse una carta.

Hoy termina el año 2133. Te voy a contar —¿me voy a contar?— todo cuanto sé. Llevo varias vidas mandando un SOS en una botella...

Es, como hace noventa y tres años, una noche silenciosa. Ya no se usa la pólvora. Truk cambia de idea. No va a escribir una carta, va a escribir un cuento. Pone arriba de la página: Mañana por mí, y después se queda en blanco, recordando sus vidas futuras.



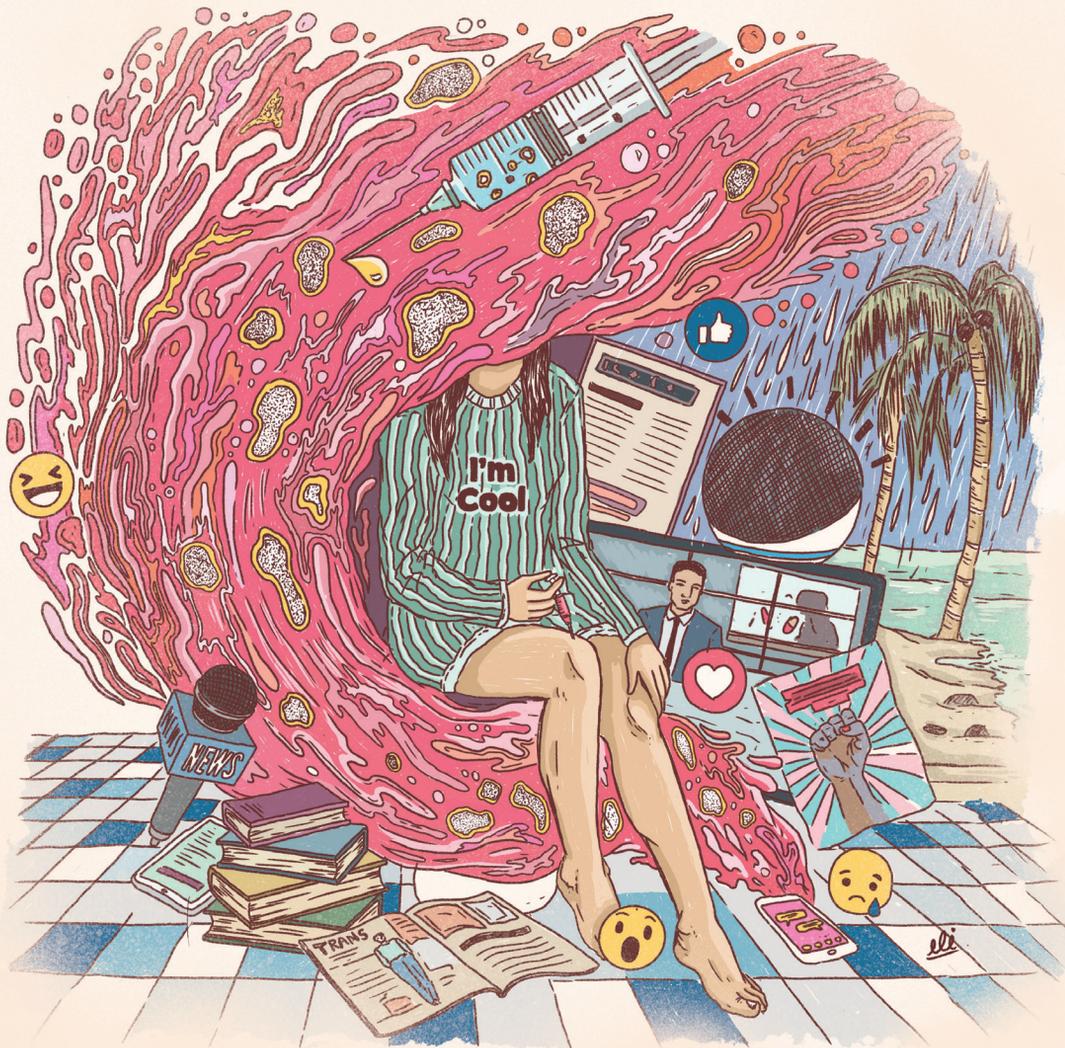
Cool

♦ *Olivia Fernández* ♦

Los azulejos del baño se sienten fríos bajo sus pies. Sentada en el borde del inodoro con la pierna extendida, sumida en el silencio del domingo por la mañana, levanta la jeringa para asegurarse de que las burbujas de aire adentro hayan salido por completo. Treinta años de romper, cada dos semanas, la tapa de la pequeña ampolla de estrógeno e introducir ese aceite viscoso dentro del muslo.



La primera fue pocos días después de visitar la oficina del endocrinólogo que atendía en Los Yoses. Esa vez, mientras acercaba y volvía a alejar la aguja de su piel, daban vuelta en su cabeza miles de pensamientos sobre lo que estaba apunto de hacer.





Una vez que el líquido se depositara dentro de sus músculos, sentía ella, habría un punto de no retorno, después del cuál la persona que era iba a cambiar radicalmente y no podría nunca más hacer de cuenta que quizás estaba confundida, que no era para tanto, que se le iba a pasar.

Esa noche, insegura si el *lightheadedness* que sentía se debía a que el depósito de aceite que actuaba como vehículo para el estrógeno comenzaba tímidamente a soltarlo en su sangre o si era solamente efecto de la adrenalina, mientras entraba y salía del sueño, tuvo la clara y aterradora noción de que era probable que le quedaran pocos años.

Y es que cuando pudo decir finalmente “Soy una mujer trans”, la expectativa de vida que la estadística le ofrecía en los países latinoamericanos era de alrededor de los treinta y cinco años. Era muy probable que la violencia institucional y personal confabularan para hacerla víctima de un ataque de odio.

Y es que cuando pudo decir finalmente “Soy una mujer trans”, la expectativa de vida que la estadística le ofrecía en los países latinoamericanos era de alrededor de los treinta y cinco años.

Además, se daba cuenta de que aún si lograba vencer los números, (que hoy en día dictan nuestra suerte como en otro momento lo hacían los oráculos), ella no era la única quien tenía un lúgubre futuro.

La sociedad humana tenía también fecha de caducidad.

Cada vez se notaba más en los noticieros, todas las semanas se batían nuevos récords del día más caliente registrado en “X”, y equis era cualquier lugar en la Tierra.

Tanto ella como la vida en el planeta tenían unos veinte años antes de que comenzaran a desafiar las probabilidades con cada día que lograsen sobrevivir hasta la noche.



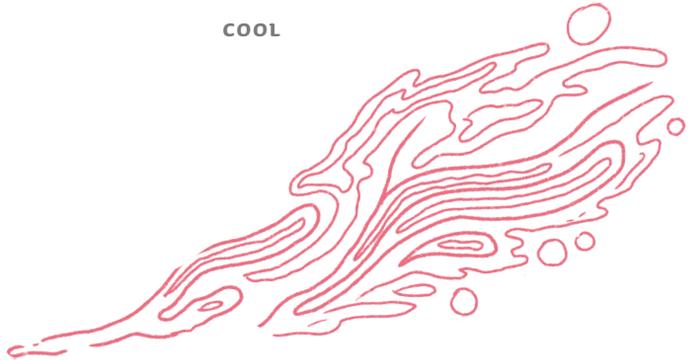
Paloma era el nombre que había escogido. Mientras que la mayoría de personas reciben su nombre, ella había jugado con palabras, sonidos y significados hasta que uno se sintiera familiar y cómodo.

El que le habían dado al nacer era uno que le costaba recordar. Sin

Paloma era el nombre que había escogido. Mientras que la mayoría de personas reciben su nombre, ella había jugado con palabras, sonidos y significados hasta que uno se sintiera familiar y cómodo.

embargo tenía clara la memoria de cómo se sentía usarlo, como una prenda incómoda de esas que tallan debajo del hombro y pican perpe-

COOL



tuamente, que cortan la respiración cuando estás sentada, que dejan una marca por horas después de que te la quitás cuando llegás a la casa.

No lo odiaba, incluso le guardaba algún afecto, no era un mal nombre, y había sido enunciado cuando con amor y deseos de bienestar, pero era no era suyo y encontrar aquél cuyo sonido, que dijo tímidamente al principio, se sentía como un vestido hecho a la medida, fresco, y con el olor familiar del cuerpo propio, había sido una de las mayores alegrías en su vida.



Durante los primeros años de terapia hormonal, vio sus pechos transformarse: donde antes no había nada, surgió una pelotita debajo del

pezón. La sentía dura todas las mañanas. Comenzó a echar raíces, sentía a su alrededor un tejido fibroso, y pensarlo como una semilla la hacía sentir más tranquila; era una analogía que la acercaba a lo natural.

A pesar de esta excitación temprana, dejó de prestarles atención y alguna que otra mañana, después de meses de olvidar su existencia, se veía al espejo y se daba cuenta cuanto habían crecido.

Paloma las tocaba, incrédula y curiosa, sintiendo la acumulación de grasa, suave al tacto. Las vio crecer, convirtiéndose en pequeñas montañas, levantándose sobre su pecho, al mismo tiempo que, fuera de sí, veía la tierra hundirse.

Un día su familia decidió volver a la playa en la que pasaban las vacaciones cuando ella y su hermana eran niñas. Era un viaje importante porque era la primera vez que usaba un vestido de baño desde que los cambios en su cuerpo comenzaron a ocurrir. Había comprado un bikini lila y durante el viaje oscilaba entre euforia y terror de verse tan expuesta, su piel suavizada por el estrógeno recibiendo el sol.



Se sorprendió cuando se dio cuenta de que el borde que separaba la calle de la playa había avanzado significativamente y muchas de las palmeras estaban sumergidas en la arena, con sus tristes penachos colgando secos.

Durante esos años, ser trans era todavía algo que ocurría en las sombras, en la privacidad del hogar, a lo interno de las familias y en silencio.

La marea estaba subiendo y ella sentía que, de algún modo, era una ocurrencia ominosa. El mundo en el que había crecido dejaba de ser el mismo, tanto por dentro como por fuera.



Durante esos años, ser trans era todavía algo que ocurría en las sombras, en la privacidad del hogar, a lo interno de las familias y en silencio.

Para algunas ese silencio era, con suerte, de esos que son incómodos y hacen que las cosas dejen de decirse. Dejaban de ir a Navidad, al Día de la Madre, al cumpleaños de la abuela, y su nombre dejaba de estar en boca de la familia, con tal de evitar ese tema. No dejaban de existir del todo, pero tampoco existían realmente.

Para otras, el silencio era mucho más aterrador, era quizás el de un cuarto a solas en el Chapuí; el de un motel de dos mil pesos la noche

Poco a poco, como suele suceder, la resistencia, los estereotipos y la ignorancia fueron cediendo y se comenzó a vislumbrar la posibilidad de otro mundo en el que ser transgénero no fuera una condena.

cerca de la Coca Cola; el silencio de la calle a las 11:37 de la noche, bulto en mano con las pocas cosas que tenían, después de ser acusada por su padre y su madre de haber asesinado a su hijo.



Poco a poco, como suele suceder, la resistencia, los estereotipos y la ignorancia fueron cediendo y se comenzó a vislumbrar la posibilidad de otro mundo en el que ser transgénero no fuera una condena.

Ocurrió primero en el ámbito clínico, en el que la acumulación estadística de pacientes dejó en claro que lo mejor era el apoyo y el acceso a medios para afirmar la transición, algo que ponía fin a la idea de que estas personas se engañaban, estaban confundidas, locas o enfermas.

De ahí, el activismo logró, apuntando a estos hechos, avanzar en el ámbito legal: el derecho al nombre, a que los documentos reflejaran su género y no el que un doctor había asignado con apuro al traerla al mundo, el acceso a servicios médicos.

Paloma comenzó a ver en televisión personas como ella. Bueno, no, porque nadie en la televisión es un ser humano común y corriente e incluso esas personas trans emanaban cierto *glamour* .





Pero, al fin, las mujeres trans dejaron de ser las caricaturas que creció viendo, que le habían enseñado a tenerse asco a sí misma: a ver en el reflejo del espejo un monstruo, un ser deforme, enfermo, engañoso y perverso.

Un día, en una fiesta del último año de colegio, una muchacha que no conocía, se acercó y le dijo “Ay, vos sos trans, qué chiva”.

Paloma se sentó confundida al lado de una mesa llena de botellas de cerveza vacías, chingas de cigarro y un celular que alguien había dejado. Nunca antes ser quien era le había ofrecido algún tipo de importe cool, pero al mismo tiempo tenía claro que aquella corta interacción estaba cargada del ejercicio de poder que la diferenciaba a ella, que le ofrecía inclusión calificada, que enfatizaba que era una mujer, sí, pero una mujer trans.

Y ser trans la alejaba de los cientos de chicas anónimas como la que le acababa de hablar, con aliento a guaro, un delineado perfecto en los ojos, manicura francesa, un ligue superguapo y “buenas intenciones”.



En los años siguientes las cosas mejoraron, y luego empeoraron. La visibilidad rara vez se obtiene sólo de aquellos con buenas intenciones, y un cambio en el *status quo* en favor de cualquier minoría alimenta una reacción contraria proporcional al temor que produce en los beneficiarios de las jerarquías sociales.

Antes se vivía en silencio, ahora se vivía entre demasiado bullicio. Ensoberdecida por las voces y los gritos de personas que, a favor y en contra, debatían públicamente cada dimensión de la vida de lo que, en su imaginación, era una persona trans.

Antes se vivía en silencio, ahora se vivía entre demasiado bullicio. Ensoberdecida por las voces y los gritos de personas que, a favor y en contra, debatían públicamente cada dimensión de la vida de lo que, en su imaginación, era una persona trans.

La inclusión de los servicios de salud que se había desarrollado sin trompeteo en oficinas de los hospitales públicos, ahora se exponía con todo detalle en programas mañaneros.

Eso fue peor, sentía Paloma, que la vida en relativa oscuridad. Ahora era difícil pasar una semana sin alguna nueva controversia en la cual su cuerpo y existencia fueran sujeto de argumentos en debates que eran en términos generales un ejercicio de postureo intelectual.

Entre los gritos, su voz no existía.

Un día su cuerpo era responsable del inminente colapso de la sociedad occidental y sus valores; otro era el portento del transhumanismo que se aproximaba vertiginosamente. Paloma no entendía cómo ella, mientras acumulaba cápsulas de estrógeno, tenía tanto poder sobre el destino de la especie humana, ya fuera para su destrucción o su trascendencia.

Retraída en su mente, recordaba que en los últimos años de colegio, en los que desvelaba para terminar tareas y, procrastinando, encontró un video en el que se hablaba de cómo los ángeles no eran como se les

representaba en las iglesias sino al contrario, aterradoras como solo lo divino puede ser. Aquello que la mente humana apenas puede comprender y que causa desconcierto, temor y asombro.

Quizás ella (si era cierto todo lo que escuchaba) era como un ángel. Un ser que existía entre lo humano y lo divino. Solo así tenían sentido las reacciones que causaba en la gente.



Lamentablemente para quienes se regodeaban con las tendencias proféticas —pero de manera reconfortante para Paloma— las personas trans terminaron siendo demasiado normales: ocupadas con un trabajo de oficina, dos horas de presa a la ida, dos a la vuelta; los platos sucios, las compras de la feria.



Paloma creció y vio el mundo volverse menos hostil, aunque no del todo amigable. Ser abiertamente transfóbico se volvió un *faux pas* social, y en el frenesí interminable de la sociedad de tener las opiniones correctas y expresarlas de la manera adecuada, el asco y la desconfianza adquirieron una apariencia más refinada y menos burda.

La noche anterior a su cumpleaños número cuarenta, cuando repasaba mentalmente las cosas que tenía que tener listas antes de la fiesta, lo único que podía recordar era el temor que la mantuvo despierta tantas noches en su adolescencia, la promesa de que no llegaría nunca a esa edad.

Cada año que había pasado, la sentencia se alargaba y ella hacía acotaciones sopesaba razones, perdía el colmillo, hasta que, finalmente, cumplió sus cuarenta, rodeada de amigos cercanos y frente un queque horneado por su pareja: no volvió a saber más de la promesa de su inminente muerte.



Días después, Paloma y su pareja, decidieron festejar con un viaje al Pacífico: ¡habían iniciado el proceso de adopción!

La idea era pasar unas semanas en la playa. Tendría que ser en un hotel porque aquella casa en la que había pasado tantas vacaciones de niña, la había consumido el mar años atrás.

Y es que el colapso ambiental se había retrasado pero, ni ella ni el planeta, habían sobrevivido el proceso sin pérdidas ni dolores.

Y es que el colapso ambiental se había retrasado pero, ni ella ni el planeta, habían sobrevivido el proceso sin pérdidas ni dolores.

Por eso, esa misma noche, Paloma estaba en el sótano de un hotel, con luces halógenas iluminando el área, sus maletas junto con muchas otras más apiladas en una esquina; en la base de las escaleras se hacían charcos por el agua que corría desde el piso superior.



Sí, la humanidad había esquivado la catástrofe mayor, pero no se había logrado sin irrumpir severamente en los ciclos de la vida en el planeta: alta temperatura, lluvia, huracanes, temporales se presentaban sin un ritmo predecible.

Se había perdido un porcentaje significativo de las tierras habitables. Habían ocurrido migraciones de magnitudes insospechadas y varias naciones habían desaparecido en medio de guerras locales por recursos hídricos y tierra cultivable. Las pérdidas, humanas y naturales, habían sido profundas.

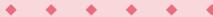
En todo caso, así fue como Paloma terminó pasando sus vacaciones en el sótano de un hotel en Guanacaste, con su camisa y short húmedos, el pelo hecho un desorden, y sosteniendo una copa de vino mientras seguía en su teléfono las noticias del progreso del temporal a lo largo de la costa oeste del país.

Mientras escuchaba a la presentadora hacerle una pregunta a la invitada sobre el progreso de la tormenta y las políticas del gobierno para asistir las áreas que estaban inundadas, cómo se haría para mitigar el impacto en la producción agropecuaria, especialmente ahora que el comercio internacional había menguado y en cada nación se veía una situación de escasez moderada.

Vio una figura con el rabillo del ojo. Una mujer que aparentaba tener su misma edad se le acercó. Paloma podía oler el vino en su aliento. Cuando levantó la mirada, descubrió una cara redonda y bella. Atrás suyo, su esposo gesticulaba al teléfono, era atractivo. Ambos, tenían ese no sé qué completamente normal.

Paloma, que cobraba consciencia de que el agua estaba entrando en sus zapatos, la miró de manera afable, pero con filo solapado.

Entonces, ella le dijo: "Ay, vos sos una trans, ¿verdad? *That's so cool!*".



UN ÁRBOL DE CAS

♦ *Luis Chaves* ♦

Cruza el cielo de Zapote una bandada de pericos. Marce enjuaga unos vasos en la pila de la cocina y, por la ventana, los ve pasar. Los pájaros siempre vuelan en diagonales, piensa, mientras el agua del tubo le masajea las manos. Empieza a llover como si con el borde de las alas los pericos descosieran las nubes. Primero unas gotas gordas distanciadas, una acupuntura pesada en el techo de dos aguas. Luego el concierto sostenido como cientos de clavos de media pulgada sobre las latas de zinc.



Teo entra corriendo del patio. Meaba afuera cuando se vino la lluvia: se concentraba en destruir con el chorro una columna de hormigas negras que subía lentamente por el tronco del árbol de cas. El trazo del lápiz de las hormigas borrado con orines a presión.

***El cas es familia de la guayaba, el primo reprimido.
El fruto de la guayaba es dulce, el del cas es ácido.
Da flores de cinco pétalos blancos y estambres
finísimos que cuando caen tardan en llegar al
suelo, suspendidos en el tiempo y el aire.***

El cas es familia de la guayaba, el primo reprimido. El fruto de la guayaba es dulce, el del cas es ácido. Da flores de cinco pétalos blancos y estambres finísimos que cuando caen tardan en llegar al suelo, suspendidos en el tiempo y el aire. Copos de una nieve vegetal.

Como todos los árboles de las zonas de activación (sectores urbanos de captura de carbono y cero emisiones), este árbol, protegido, conservado y monitoreado según los tratados de concesión que firmó el gobierno con entidades internacionales, más que saludable se ve musculoso. hal-

UN ÁRBOL DE CAS



terofílico, como si estuviera a punto de echar a correr. El follaje denso de un verde expansivo parece decir algo cuando lo atraviesa el viento. Debajo del árbol de cas, donde la lluvia diluye la micción tibia de Teo, hay dos enterramientos:

1. Una botella de Old Colony rellena con agua y pétalos de china y vuelta a sellar con la chapita original (1974).
2. Los restos de Mini (pekinés, hembra, 1977).

Marce y Teo nada saben de lo que está enterrado al pie del árbol, ni siquiera sus padres habían nacido entonces. Marce y Teo viven en esta casa alquilada desde hace cinco años, tuvieron suerte de firmar contrato y mudarse unos meses antes de la Gran Fosa, nombre preferido por los noticieros, empresarios y tecnócratas para referirse a la contracción económica global de enero de 2046.





Teo va directo a la sala, se deja caer en el sofá y le indica a NOVA que ponga música de ambiente. NOVA, con tono neutral, argumenta su negativa en el hecho de que sigue moroso con el crédito del BSU (Banco Solidario Universal, entidad que surgió como banca única global después de la Gran Fosa) y porque tampoco se ha cumplido la fecha de penalización civil dictada por consumo de tabaco (fue atrapado in fraganti el día 5 de enero de 2051, hace casi una semana).

—Measte el *Psidium friedrichsthalium*— le dice Marce, mientras se acomoda en el sillón enfrenteado al sofá.

—Rechazo— contesta Teo, el ceño fruncido—. Ayudame con esta, pedile vos que ponga música.

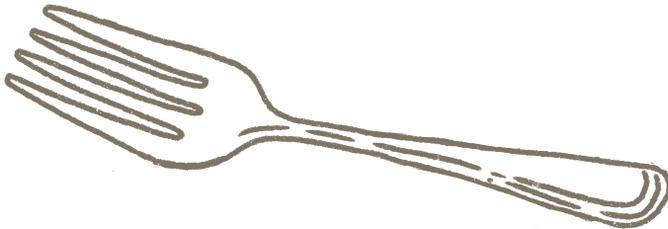
Marce, sorda a las palabras de Teo, hunde las manos en los costados del almohadón y, adivinando al tacto los objetos que encuentra, como si viera con las manos, comenta con la mirada fija en una dirección general, si fuera posible: la mirada fija en un punto retórico.

—Las cosas huyen de nosotros en cuanto pueden. Se esconden.

Debajo del almohadón hay un tenedor de aluminio, una prensa de tendedero, el fósil de una galleta de trigo, un cordón de zapato, un carrete de hilo blanco, tres monedas de diferente denominación, una media roja, el envoltorio de un chicle, la chapita doblada de una gaseosa, la mitad de un botón. Teo no acusa recibo y empieza de cero otra conversación.

—¿Cuánto falta para la inspección verde? No llegamos a fin de mes desde hace rato.

Para la lluvia, pero el agua no deja de trabajar, ahora es el metrónomo acelerado de las canoas y aleros y los caudales a escala de caños y cañerías. Marce, descalza, sentada en el sillón con las piernas recogidas contra su pecho, intercala cada dedo de las manos entre cada dedo de los pies.



—El agua también.

—¿También qué?— devuelve Teo, horizontal en el sofá con un brazo a modo de almohada y el otro sumergido dentro del buzo y el calzoncillo, como si buscara lo mismo que Marce tanteaba en las profundidades del sillón.

—También huye de nosotros.



El timbre suena a las 8 a. m., el inspector se anuncia con actitud menos de funcionario que de paramilitar. Después de pedirle un minuto, Marce, en pijama (es decir, camiseta y shorts), se asoma al patio y hace el silbido clave. Teo apura el descenso de las ramas altas del cas, el único lugar seguro para fumar, lejos de los detectores municipales de humo y lejos, también, del olfato de los vecinos que, ya varias veces, han ganado cupones-verdes por delatarlo.

Es una mañana fresca y luminosa; el cielo limpio, hondo, parece falso. Marce abre la puerta apenas lo suficiente para incomodar al inspector. En cambio, en la cabeza del funcionario este obstáculo es más bien una oportunidad. Se estruja entre el marco y la puerta, de cara a Marce, y tensa el pe-



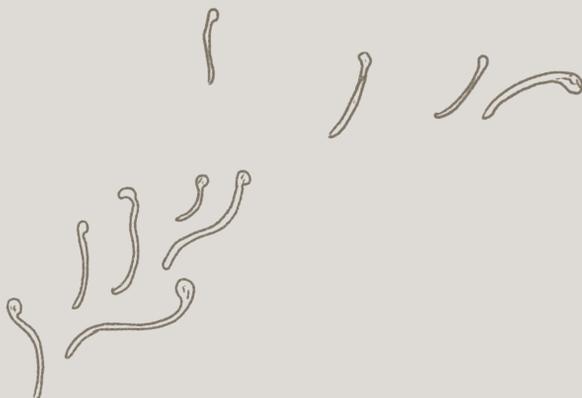
cho, abdomen y bíceps que se marcan debajo de una camisa claramente dos tallas por debajo de la suya. Vigorético, el funcionario, con un bolso de cuero cruzado en el hombro, atraviesa la sala-comedor y sale al patio mientras guarda su credencial en la bolsa de la camisa tilinte donde compiten los logos de la Oficina Nacional de Control de Emisiones (ONCE) y del BSU. No se ven, pero se escucha el macheteo ronco de los helicópteros eléctricos en sus rondas matutinas. Las lanzas de luz que se abren paso entre las ramas y el follaje denso del cas y la nieve lentísima de estambres dan un efecto de cámara lenta a este momento policial.

Al pie del árbol, Teo, con la chinga apagada en el bolsillo trasero de sus shorts, da un par de pasos hacia atrás para darle espacio al funcionario.

Haciendo visera con la mano, Marce observa desde el portón abierto que da al patio. Al pie del árbol, Teo, con la chinga apagada en el bolsillo trasero de sus shorts, da un par de pasos hacia atrás para darle espacio al funcionario. Lo saluda con un monosílabo que no pertenece a ningún idioma y, en términos generales, trata de proyectar tolerancia.

Marce se entrega a lo que ve: un cortometraje en 12 fotogramas por segundo, el sol intermitente entre las hojas, el azul intenso de las acuarinas florecidas cerca de la huerta (*Evolvulus glomeratus*, aparece en su cabeza, como los globos de texto de los cómics), la nieve lenta que envuelve a los hombres, un sonido lejano y cíclico. No hay olor.

El funcionario, que chequea el reflejo de su torso en las ventanas que dan al patio, camina alrededor del árbol. Lo escanea de arriba a abajo y, del bolso de cuero, saca aparatos que miden, analizan y guardan datos que envían inmediatamente a otros aparatos donde se convierte todo a números, unidades y relaciones precisas. Ahí, parado a unos metros del cas, del inspector y de la tecnología, Teo, sin pensarlo con palabras, se siente en desventaja.





Uno de los aparatos timbra, el funcionario lee los datos en la pantalla y se aclara la garganta. —Este trimestre les corresponde un reintegro menor, algunas variables decayeron y se indica aquí un porcentaje de retención por multa civil pendiente.

Se acerca a Teo y le muestra lo que dice el aparato. Marce, que volvió al mismo plano que estos hombres cuando la despertó el timbre, se acerca también para ver lo que Teo, inflamable, solo puede debatir agarrándose los genitales por encima del short y materializando en palabras la sensación de derrota general.

—¿Por qué mejor no me chupa el boli?



Se agota la herencia que dejó el padre de Teo, el Bono Verde llega casi a la mitad después de deducciones y multas, solo sigue intacto el subsidio oficial Cero-Descendientes. En eso piensan Marce y Teo sin ver-

balizarlo o, mejor dicho, casi sin pensarlo. No es una idea propiamente, es más la sospecha de algo material, algo con volumen, densidad, un domo que los cubre cada hora de cada día. Una nube negra pero, al mismo tiempo, invisible, suspendida, inmóvil sobre la casa.



Leyó 15 páginas antes de levantarse del inodoro. Ahora está desnuda frente al espejo del baño y mira fijo los ojos que le devuelve la superficie. Se queda así hasta el momento preciso en que toda persona que se mira fijo a los ojos en un espejo siente vértigo ante lo que no tiene nombre, ni forma, ni respuesta. Vuelve al plano material y, sin prisa, recorre el duplicado de su cuerpo que tiene allí delante. Luego cae en cuenta de que está apretando la entrepierna contra la esquina del lavatorio. Y nada la interrumpe.



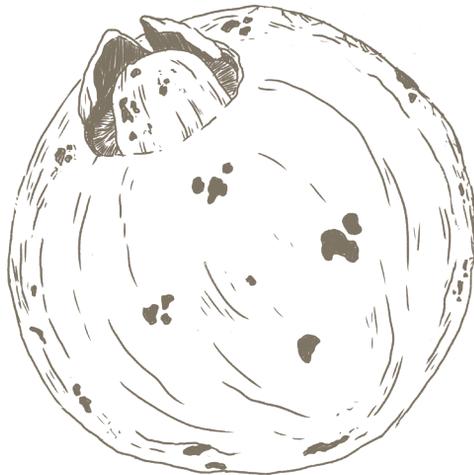
Llovió cada tarde de cada día de la semana entera: más centímetros de lluvia de los que la tierra del patio puede absorber. En este momento, de los aleros caen gotas pesadas que al tocar la superficie del agua empoza-



da forman coronas instantáneas, imposibles de retener a simple vista. De pie en el lado seco de la frontera afuera-adentro, eso piensa Marce, precisamente eso: “No se ve la corona, se ve el recuerdo de la corona”.

Teo, que desde hace un par de días convirtió la única mesa de la casa en espacio taller, se concentra en ajustar tornillos diminutos con el desatornillador phillips también diminuto de su caja de herramientas. Termina de arreglar un radio de transistores que encontró en una especie de desván rudimentario (más bien el espacio entre las vigas de madera del techo a dos aguas y el cielo raso). Estaba en una caja de cartón corrugado con otras cosas: álbumes de fotos del siglo anterior, cuadernos escolares, recortes de periódicos, cartucheras con lápices y lapiceros, una calculadora electrónica de bolsillo, cinta métrica, postales con motivos de ciudades o parques naturales del extranjero. Teo se quedó con la radio, Marce con todo lo demás.





Ya pasaron tres meses desde que llegó la notificación de multa por conducta social impropia agravada “por irrespeto a representante de la alianza Gobierno-BSU”, ambas versiones, la digital y la impresa, con membrete de logos del banco global, ONCE y el Ministerio Público. Las transmisiones clandestinas en AM, que ahora escuchan religiosamente cada noche en la radio de transistores, son desalentadoras: discursos torpes, planos y, le parece a Teo, sospechosamente timoratos. Padecen estoicamente los discursos vacíos porque luego viene un tirón largo (dos horas más o menos) de música sancionada, imposible de acceder de otra forma. Por lo menos para ellos.



Es la época de apareamiento de las ardillas que, junto a otros roedores, mamíferos menores y aves, poco a poco fueron ganando terrenos urbanos desde los primeros años de la ofensiva climática global. Del árbol de cas llega el escándalo de ardillas hormonales peleándole espacio a yigüirros y pericos. Marce y Teo, ya apagada la radio, cenan pasta con mantequilla en tazones que, sostenidos con la mano, solo descansan en la mesa cuando terminan de masticar.

—Están viviendo en el cielo raso. Zarigüeyas o ardillas, no creo que sean gatos.

—Sí— contesta Marce con la boca llena— ¿Estarán registradas?

—Aunque invadan la casa, siguen siendo propiedad del banco. O —y aquí cambiando el tono para imitar la voz del funcionario que lo denunció— del Estado.



En camiseta y buzo, sentada en el borde la cama, con la chapita de gaseosa que encontró debajo de los almohadones del sillón, Marce hace presión contra el antebrazo (con la mano izquierda en el antebrazo derecho) y deja marcas rojas de círculos dentados o pequeños soles o ruedas de engranajes de una máquina antigua. Tatuajes temporales.

Desde el cuarto de Teo llega el rumor difuso de la radio. A su lado, sobre el edredón, el álbum de fotografías del siglo pasado. Está abierto de par en par y se ven, pegadas, simétricamente, imágenes de personas desconocidas (para Marce y Teo) en diversos contextos, todos de categoría fotos-de-familia, varias de ellas tomadas en la misma casa que ahora

“He intentado componer el relato de mí mismo que viene a continuación como si hubiera muerto y estuviera mirando mi vida desde otro mundo...”

habitan ellos. Un niño contra fondo de pared, pelo corto, negro y húmedo, carrera al lado, en uniforme escolar cegado por el sol; una gata dormida al sol rodeada por macetas con plantas florecidas (*Impatiens walleriana*, reconoció Marce, chinas, balsamina, alegrías del hogar); mujeres recostadas en mantel cuadriculado de picnic, el mismo niño rodeado por el brazo de, presumiblemente, su madre; esa misma mujer debajo del árbol de cas (menos imponente que ahora), jugando con un perro pekinés.

Hay otro libro sobre el edredón, también abierto: *Recollections of the Development of my Mind and Character*, de Charles Darwin. En una de esas

páginas se ve el subrayado a lápiz de un pasaje que, si se tradujera, diría: “He intentado componer el relato de mí mismo que viene a continuación como si hubiera muerto y estuviera mirando mi vida desde otro mundo.

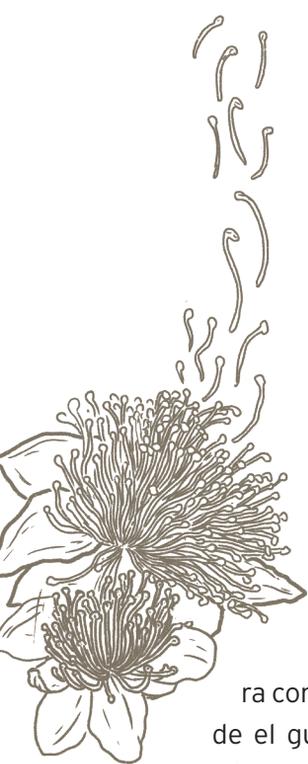
Tampoco me ha resultado difícil, ya que mi vida casi se acaba. No me he tomado ninguna molestia en cuidar mi estilo literario”.



La estampa es esta: Teo entró al baño para ducharse. Para quitarse las medias se sentó en el inodoro sin levantar la tapa y de la canasta de ropa sucia frente a él lo llamó el calzón de Marce, que se llevó a la nariz con la decisión y urgencia de quien se lleva a la cara una máscara de oxígeno.



Adentro, en la mesa, Marce vacía con cuidado la mitad del tabaco de dos cigarrillos y, colocándolos en vertical, los rellena con picadura de tallos secos de salvia cosechada de la huerta. Querida *Salvia divinorum*, dice en voz alta, mientras se encarga de no desperdiciar ni el más pequeño de los pedacitos de tallo. Teo, al otro lado de la mesa, trata de sintonizar la estación clandestina que cambia de frecuencia sin aviso.



—Este es el último paquete que nos queda. Maikol ya cayó.

—Perdimos a un amigo más que a un dealer— dice Marce, a medio camino entre desconsuelo y simulacro.

—En tu caso, para ser precisos, perdiste a un exnovio y a un dealer simultáneamente.



Teo arranca un cas de las ramas bajas, grande como una pelota de béisbol, y le da el primer mordisco. Se le llena la boca de fruta y la saliva copiosa como reacción al ácido. Siente las semillas pequeñas que tritura con las muelas mientras examina el interior del fruto donde el gusano del cas (inofensivo y comestible) se retuerce cegado por la luz. “Hasta morderlas, el interior de las frutas es todo oscuridad”, dice en voz alta, aunque está solo y de inmediato sigue, “ya Marce me contagió su tara”.

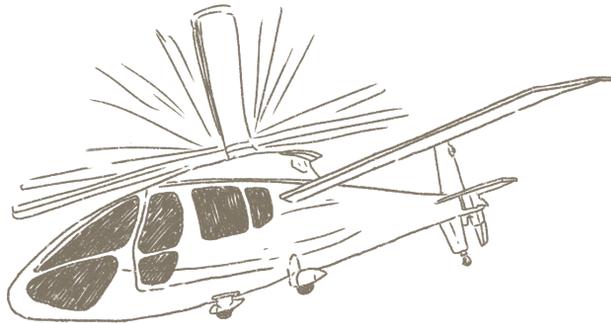
Como si estuviera a punto de tener una revelación, Teo, de pie, el cas mordido en una mano, queda imantado por el destello entre las chinas

que crecen a un costado de la huerta. Es la luz del sol rebotando en el blíster vacío que lleva meses ahí. Pero es cierto que hipnotiza eso que parece una estrella minúscula caída del cielo directo a un patio de Zapote.

Sin embargo, nada de revelaciones ni epifanías, el macheteo circular de los helicópteros lo pone en guardia y, acto reflejo, entra a la casa para escapar del ojo de las cámaras.



No la ha visto todavía y probablemente no la verá, en las últimas páginas del álbum encontrado hay una foto del niño acucillado debajo del árbol de cas, no mira a la cámara, no se entera de la foto concentrado en lo que hace con su pala de jardín. Viste pantalón corto, zapatos

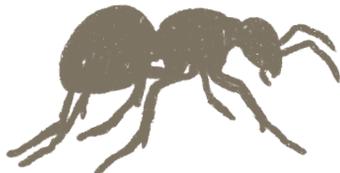


ortopédicos de los que sobresalen unas medias flojas, camisa de botones clara, algún patrón geométrico, sucia de tierra suavizada con agua (que no es lo mismo que barro). Si se observa con detenimiento, se ven los círculos dentados hechos a presión con una chapita de gaseosa en uno de sus brazos.



Están sentados afuera, en el patio. No ha oscurecido todavía pero se ve ya la luna en el cielo, un cuarto creciente nítido. Más abajo, en diagonal, una estrella que en realidad es Júpiter.

Una brisa fresca avanza, sin apuro, hacia su destino y atraviesa el árbol poblado de pájaros, ardillas y frutos pesados que obligan a las ramas a arquearse . Huele a cas y al tabaco mezclado con salvia que fuman sin cuidarse de que el viento lleve el humo a la casa de la vecina.

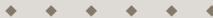


De adentro de la casa llega el sonido nasal de la radio AM. Una percusión veloz y directa sostiene el empuje rítmico de dos guitarras eléctricas que a su vez sostienen a la voz que canta I left my baby and it feels so bad / Guess my race is run / She's the best girl that I ever had.

La sensación es que todo está en orden. En un orden ajeno, eso sí, pero en orden.

Sus hombros se rozan mientras miran hacia el frente. Se diría que ven el árbol, pero no es así, es la clase de mirada que podría llamarse conceptual.

—Tengamos una hija— dice Teo.



Todo sigue sucediendo, abuelo

♦ *Santiago Porras* ♦

Hoy, el anuncio de la entrada en funcionamiento de la primera planta de energía eléctrica producida a partir del sol artificial que ha desarrollado China me ha traído tu recuerdo, abuelo; hace treinta años que hablamos por última vez. Reconozco que, aunque solo fuiste un modesto apicultor de mi pueblo, bastaron los efectos del cambio climático en tus colmenas para que tomaras consciencia del desastre que se nos venía encima. Tengo claritas tus palabras: “Lo que le estamos haciendo a las abejas también lo vamos a sufrir nosotros”.





Ahora comprendo que, como es propio de los abuelos, tenías un vivo afán por sembrar en mí buenos recuerdos. Nunca olvidaré aquella mañana cuando, con mi inexperta ayuda, preparamos los utensilios para ir a sacarle la miel a tus colmenas. Por primera vez empecé a tener conciencia de lo que era y para qué servía el cuchillo que hacía de escalpelo, el plumero que utilizabas como brocha o cepillo, la palangana y el infaltable ahumador, sin el cual las abejas serían mucho más agresivas.

En ese tiempo sacábamos los panales llenos de miel y los exprimíamos sobre la palangana (aún no poseías una centrífuga moderna dada la pequeña escala de tu colmenar) y condenábamos a las pobres obreras

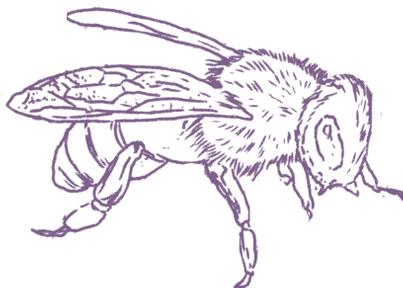
a emplear muchas horas de vuelo en reconstruir de nuevo todos los panales para almacenar la miel del año siguiente. “Es algo parecido a lo que hacen los esquimales con sus iglús”, quisiste justificarte.

Solo una reina o abuela como te gustaba decirle, una oscilante población de abejas obreras y unos pocos zánganos con un futuro incierto que parecía no preocuparles. “Como les pasa a muchas personas”, agregaste.

De camino hacia el apiario, que prudentemente habías ubicado lejos de la casa y bajo la sombra parcial de unos higuerones, me diste una cátedra sobre abejas, en un lenguaje que hasta yo, con tan solo seis años, pude entender fácilmente. Empezaste explicándome la estructura social de la colmena: solo una reina o abuela como te gustaba decirle, una oscilante población de abejas obreras y unos pocos zánganos con un futuro incierto que parecía no preocuparles. “Como les pasa a muchas personas”, agregaste.

La colmena, enfatizaste, es una organización con roles bien definidos que cada miembro acata sin rechistar. “Ojalá así de obedientes fuéramos los seres humanos”, comentaste con doblez, denotando tu simpatía por los gobiernos autoritarios, como el de Singapur de entonces, y a los que tanto se propende en estos tiempos, incluso en nuestro aún “democrático” país.

Con detalle me explicaste cómo las numerosas obreras realizaban las labores fatigosas de la colmena, tales como recolectar el néctar para producir la miel, el polen para alimentar las larvas y las resinas para elaborar el propóleo; también ellas producen la cera para la fabricación de las celdas. Cuando había que sustituir a la reina, las obreras le daban una alimentación especial a la larva de una simple obrera y la convertían en una prodigiosa reina, algo comparable, dijiste con sorna, a cuando los ciudadanos eligen a sus gobernantes.



Parte de ese confort, dijiste bajando la voz, disfrutaban los zánganos, al menos por un tiempo (“Como los empleados del gobierno de turno”, añadiste sonriendo) porque, aunque no trabajan, son alimentados por las obreras y solo parecen existir para copular con la reina. Ese es un “privilegio” que llegan a disfrutar muy pocos, solo quienes la alcanzan durante el vuelo nupcial, eso sí, al caro precio de perder los órganos sexuales y en consecuencia la vida.



Una vez resuelta la sucesión los zánganos son víctimas de la hostilidad de las obreras, al punto de que cuando disminuye mucho la miel suelen ser expulsados de la colmena. “Eso mismo”, recuerdo que agregaste entre risillas, “quisiéramos hacerles los ciudadanos a los parásitos del estado”. En eso las cosas no han cambiado, abuelo.

Durante muchos años, recuerdo que el apiario fue una fuente de felicidad para vos. Era evidente el entusiasmo con que hablabas del buen manejo que le dabas a las abejas y de la buena producción que obtenías. El semblante se te iluminaba y tu voz gangosa alcanzaba una claridad inusual cuando les dabas charlas improvisadas a tus amigos

interesados en el tema, hasta que llegaron los malos tiempos, cuando “el clima se volvió loco”, me acuerdo que empezaste a decir.

Ya habíamos oído algo del cambio climático en el programa de *Escuela para todos*, pero te hiciste como que el asunto no era con vos y más bien lo achacaste al efecto de los plaguicidas, hasta que notaste que cada

Para entonces la mayoría de los gobiernos del mundo ya habían tomado conciencia de que algo tenía que hacerse para frenar y, si era posible aminorar, los efectos crecientes del cambio climático.

vez las celdas con miel eran menos en el panal; entonces sí lo asociaste con los ciclos cortos de la floración nativa producto de los veranillos intermitentes y te comenzaste a preocupar. Habías superado varias enfermedades en tus abejas con buenas prácticas de manejo y también pudiste apechugar mermas importantes de miel, pero llegó el momento en que tuviste que dejar solo una fracción de las colmenas que llegaste a tener en tu apogeo como apicultor.

Para entonces la mayoría de los gobiernos del mundo ya habían tomado conciencia de que algo tenía que hacerse para frenar y, si era posible aminorar, los efectos crecientes del cambio climático. Surgieron foros muy reconocidos donde se propusieron medidas como la del carbono neutro a la que el gobierno de Costa Rica se adhirió con entusiasmo, pero ante lo que eras escéptico, en parte porque no entendías muy bien cómo funcionaban esas cosas y en parte porque no eras muy optimista en cuanto al futuro de la humanidad dada su naturaleza depredadora, afirmabas. Pero, aunque no lo creías posible, en cuanto a emisiones cero, Costa Rica ha logrado las metas que se propuso; sin embargo, debo aceptar para justificar tu error que desarrollaron alternativas energéticas que aún no estaban muy claras en tu tiempo, como la de los soles artificiales.

Vieras, abuelo, con el desarrollo de baterías más eficientes para acumular electricidad, todos los motores ahora son eléctricos. Visto el avance que lograba esa tecnología, varias empresas transnacionales de petróleo incursionaron con éxito en el desarrollo de vehículos eléctricos. El ingreso de compañías chinas y rusas en esa carrera también influyó para que todo el mundo, Costa Rica incluida, adoptaran a la electricidad como la fuerza impulsora y en consecuencia las netas de emisiones cero fueron superadas con creces.

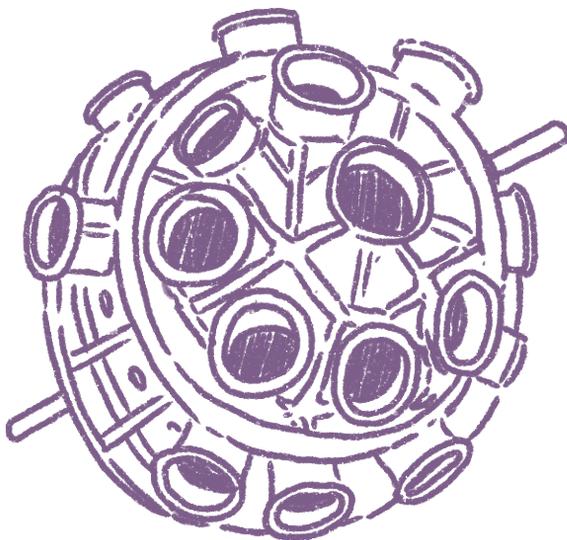
Tuviste razón, abuelo, cuando llegaste a la conclusión de que para garantizarle la supervivencia a las especies forestales silvestres se tenía que apostar por incentivar la meliponicultura, o sea, el cultivo de las abejas meliponas, las nativas, esas que no tienen aguijón y que, aunque no son altas productoras de miel, sí aseguraban la polinización de las plantas autóctonas, porque sobreviven mejor a los efectos del cambio climático. Por eso ahora la sociedad les paga a los meliponicultores servicios ambientales por la polinización que brindan, como desde tu tiempo se les pagaba a los dueños de bosque por la fijación de carbono.



Pero tal y como temías, abuelo, los efectos del Cambio Climático, si bien han disminuido en el ritmo de avance, no se han podido revertir. Varias de nuestras ciudades costeras son, con demasiada frecuencia, inundadas por el mar y muchas de nuestras más emblemáticas playas han dejado de ser visitadas por los turistas porque su área de disfrute

Ahora nuestro país se debate entre continuar dependiendo de las fuentes renovables de energía tradicionales, pese a que afectan áreas extensas y el final de sus vidas útiles está cada vez más cerca, sobre todo de las represas hidroeléctricas;

se ha reducido por el aumento del nivel de la pleamar. El régimen de lluvias no solo se ha vuelto más impreciso, sino que ha cambiado en diferentes regiones, algo similar a lo que ha ocurrido en otras partes del mundo. Por eso la captación de aguas y la irrigación de terrenos, se ha vuelto una prioridad para nuestro país. Afortunadamente bastante se había atendido esa situación, desde tu tiempo.



Ahora nuestro país se debate entre continuar dependiendo de las fuentes renovables de energía tradicionales, pese a que afectan áreas extensas y el final de sus vidas útiles está cada vez más cerca, sobre todo de las represas hidroeléctricas; tampoco son despreciables los desechos industriales de las torres eólicas obsoletas. Otra opción es migrar hacia la adquisición de energía producida por los soles artificiales, cuyo suministro de hidrógeno para la fusión nuclear es casi infinito, lo que la convierte en una energía limpia y barata.

Pero también esta última opción tiene sus objeciones. Está claro que la producción de esa fuente de energía solo estará al alcance de un selecto grupo de países, como lo fue el club de los países nucleares, quienes podrán incrementar unilateralmente los precios. Además, se establecería otra dependencia innecesaria (como la que aún tenemos con muchos de los alimentos que importamos) que comprometería más nuestra soberanía.

Muchos ticos sobreviven dedicados a una agricultura orgánica, poco tecnificada, pero bien remunerada por las personas que quieren comer alimentos libres de agroquímicos.

Igual que tus mimadas meliponas muchos ticos sobreviven dedicados a una agricultura orgánica, poco tecnificada, pero bien remunerada por las personas que quieren comer alimentos libres de agroquímicos. Las diferencias tecnológicas entre el campo y la ciudad se han acentuado demasiado, pero, en cambio, cada vez son más las personas que eligen una vida frugal y sencilla en el campo, sin el apabullante

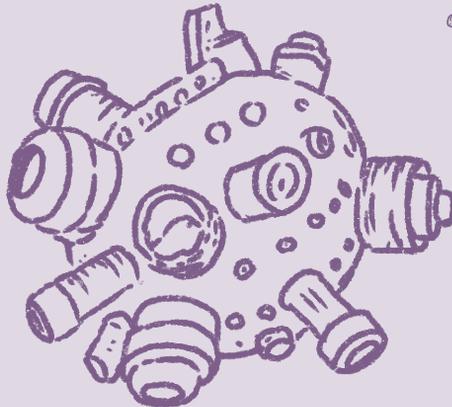


estrés de las tecnologías y las productividades extremas que predominan en las ciudades.

Abuelo, tu *Manual del agricultor* fue el primer libro que tuve en mis manos; no podía leerlo aún, pero sí apreciaba con arrobamiento las ilustraciones que traía. Esa incapacidad para entender la parte escrita estimuló mis deseos de ir a la escuela donde a medio año ya era alfabeto. Te gustaba alardear conmigo ante tus amistades de lo bien que leía y me ponías a leer en vos alta, para ellos, pasajes del manual. De esa forma lograste que aprendiera de abejas y desarrollara el hábito de la lectura que me ha servido para saciar mi inagotable curiosidad.

Fueron buenos tiempos los tuyos, abuelo, ese mundo era menos complejo que el de ahora. Nos alcanzaba el día para dedicarnos, amén de las tareas de subsistencia, a cosas que nos entretenían, como los juegos infantiles con juguetes que vos mismo me fabricabas como los trompos, los boleros y los caballitos de palo y, claro, dedicarnos a las abejas. Únicamente las enfermedades y la muerte me sacaban de aquel arrobamiento.

Por entonces me parecía que vos tenías la respuesta para todo, hoy veo que sí, pero solo dentro del pequeño mundo de mi infancia, porque en lo que se dice vislumbres tuviste tus yerros, ahora me gustaría decírtelo en persona, para que nos riéramos a carcajadas, como aquel día en que ya grandecito me confiaste con voz suave, en tu lecho de enfermo, que “la colmena es un matriarcado muy eficiente”, mientras le mandabas una mirada cómplice a la abuela.



El Jardín Mágico

♦ *Shirley Campbell Barr* ♦

Carol se acomoda los lentes mientras mantiene su mirada fija en la ventana que da hacia el frente de la casa. Sentada en un amplio sofá, se levanta de vez en cuando y con dificultad camina hacia la puerta que permanece abierta, mira hacia ambos lados del camino y algunos minutos después vuelve a su asiento. Tiene alrededor de 90 años y una lucidez admirable. Le gusta sentarse en su sala mientras repasa recuerdos y recapitula historias. Las comparte con quienes la visitan o con quien se detiene a su puerta para escuchar sus historias y revelar algunos secretos sobre sus plantas. Secretos que guarda celosamente en su patio secreto y en algunos sitios escogidos de la comunidad.





Al relatar sus historias, sus ojos brillan. A veces, repite memorias y cuenta algunos pasajes más de una vez. Se disculpa al percatarse de sus olvidos y continúa intercalando recuerdos con historias de plantas y consejos sobre las mismas. A su bosque le gusta llamarle “jardín mágico”, porque está lleno de plantas, vegetales comestibles, hierbas medicinales, piedras encantadas y árboles y flores alimentados de misterios y secretos.

Carol tiene claro que no le queda mucho más tiempo de vida. Sabe que precisa encontrar quién resguarde su legado cuando ella se marche. No tuvo hijos ni hijas, por lo que en su línea directa, no hay posibilidades. No tiene parientes cercanos, pero conoce los nombres y e historias de cada una de las personas que conforman la comunidad. Ya ha pensado en algunos posibles herederos, pero espera esa señal que le confirme quién será finalmente la persona indicada.

En esto concentra su atención diaria. Quisiera delegar su jardín a alguien que tenga hijos o hijas y una historia en el pueblo, pero sobre todo, a alguien dispuesto a continuar la tarea de mantener plantas, hierbas, frutos, rocas, animales y secretos, por el bien de la comunidad y de la humanidad completa. Sus días transcurren entre conversaciones y

Sus plantas no existen ya en ningún lugar del país.

Lo que ella conserva es un tesoro de su tiempo, porque en el resto del país no existen resabios de la mayoría de sus árboles y especies.

notas que escribe para asegurarse de no olvidar. Este espacio es realmente un oasis de su tiempo. Sus plantas no existen ya en ningún lugar del país. Lo que ella conserva es un tesoro de su tiempo, porque en el resto del país no existen resabios de la mayoría de sus árboles y especies. Su jardín es el hogar de aves, mariposas y muchos animales, que fueron borrados del país con la deforestación.

Cuando la decisión sea tomada, entregará no solo su jardín, sino también la magia de cada rincón y los rituales que los acompañan. A cambio espera recibir la promesa de que será custodiado y heredado a quien sea merecedor y asuma el compromiso de continuar con el legado. Ha compartido su magia con pocas personas, pero la verdadera promesa es, que en un par de generaciones, el jardín será entregado para ser replicado y aprovechado por toda la comunidad y eventualmente con quien esté listo para recibirlo.

Muchos años atrás, Carol llegó a San Gregory, casi por accidente, y acabó instalándose, con la decisión de apoyar en la transformación del pueblo de su familia materna. De niña lo visitó muchas veces con sus hermanos y hermanas. Fueron temporadas hermosas que pasó con tíos, tías, primos y primas y las amigas de las vacaciones. Recuerda las muchas veces que lo visitó, cuando la comunidad no contaba con luz eléctrica y las casas tenían letrinas. Entonces el pueblo le pareció mágico y misterioso. Era la línea férrea frente a las casas lo que definía el paisaje



Los cultivos predominantes entonces eran los que sus antepasados y antepasadas habían traído de Jamaica, en

aquella gran migración que inició a finales del siglo XIX y que atrajo miles de personas para levantar la línea del tren. Entonces, aún la mayoría de la población era autosuficiente y predominaba la agricultura, un poco de ganadería y la pesca de subsistencia. Además, dominaban los cultivos nativos y los traídos del Caribe, y el uso de animales domésticos para el trabajo y el consumo de los pobladores. Carol recordaba con nostalgia haber crecido alimentándose de tubérculos, vegetales y frutas, muchas desconocidas en el resto del país.

Carol recordaba con emoción los paseos al río junto a primos, primos y amigos; son los recuerdos más maravillosos que conserva, además de las tardes de pesca que les deparaba alimento y diversión.

Luego de su adolescencia, Carol no regresó más. Debieron pasar más de treinta años para que volviera, ahora convertida en una persona diferente. Vivió por más de veinticinco años en el mundo de afuera, un mundo de cosas, cemento, vehículos y polución. Un mundo al cual se había acostumbrado y le pa-



recía necesario. Solo unos días habían pasado desde su regreso, cuando su madre insistió para acompañarla al sepelio de su tía. La última hermana de su abuela había fallecido y de momento era ella quien estaba ahí para compartir el duelo. La insistencia de su madre en que la acompañara enfrentó a Carol con un pueblo ajeno al de su recuerdo.

Muchas familias habían sido obligadas a deshacerse de sus tierras cediendo a grandes compañías que cultivaban y comercializaban algunos monocultivos contaminantes.

Al regresar, Carol superaba los cuarenta y cinco años y se sorprendió ante una vegetación cambiada drásticamente. Muchas familias habían sido obligadas a deshacerse de sus tierras cediendo a grandes compañías que cultivaban y comercializaban algunos monocultivos contaminantes. Muchos de los pobladores ahora estaban empleados por estas compañías, que ni siquiera otorgaba a sus trabajadores derechos laborales como correspondía. La comunidad había perdido su identidad, y debido a la fluctuación de la población, la fisonomía del pueblo se había modificado. Muchas eran las personas que venían en busca de empleo. De sus

parientes y amigos de infancia quedaban muy pocos. El entorno que recordaba no existía y los ríos, que un día le dieron tanta alegría, estaban sucios, y amainados sus caudales.

Durante esta visita, Carol conoció a Elena, quien tendría unos ochenta años. Fue en el sepelio de su tía, y entre conversaciones e historias, ella la alejó del grupo y la condujo a reconocer rincones de la comunidad. Le contó la historia de la fundación del pueblo, le relató sobre cada una de las familias del principio, los primeros muertos y de quienes seguían vivos cargando el legado de los primeros y de las primeras. Carol había mostra-





do interés en las historias y como por arte de magia, la señora Elena la había escogido para mostrarle un pequeño jardín que celosamente guardaba en la parte trasera de su casa. Era un jardín maravilloso llenó de plantas tradicionales y nativas, muchas de traídas por sus antepasados.

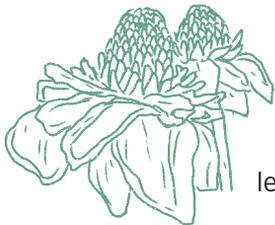
El jardín estaba en el terreno original en donde la familia de Elena se había establecido más de 100 años atrás. La forma de acceder al jardín era la puerta principal de la vivienda. Al ingresar, se avanzaba directamente hacia la puerta trasera, que misteriosamente se abría hacia un bosque inimaginado, lleno de plantas, árboles enormes, frutos, plantas llenas de flores con colores, aromas y luces extraordinarias. Aves, pere-

zosos, jaguares, tigrillos recorrían el espacio, como si fuera su casa sagrada. Carol jamás había visto algo así. En el jardín se respiraban perfumes y sensaciones que desencadenaban una paz maravillosa. Lo que más impresionó a Carol fue que desde el frente de la casa no había forma de saber que en el patio se extendía a un espacio de tal magnitud.

Hoy, cincuenta años más tarde, con noventa años, Carol siente esa misma urgencia de encontrar a quién entregar su jardín y sus días transcurren sin recibir esa señal esperada.

Carol hizo todas las preguntas que se le vinieron a la cabeza sobre plantas, árboles y frutos. Cada esquina le pareció maravillosa y llena de magia. Cada flor y cada aroma la hicieron viajar a su infancia y a la presencia de familiares ya ausentes, que tanto le representaron de niña.

Estar en este jardín contrastaba con la vida afuera, que tanto le había impresionado por su deterioro y abandono. Era un jardín mágico. Visitarlo le despertó una urgencia de regresar, vivir en este pueblo y ser



parte de este jardín para siempre. Elena sintió en Carol esa energía, emoción y compromiso que le comunicaron que había llegado la persona indicada para entregar su legado, y así lo hizo.

Hoy, cincuenta años más tarde, con noventa años, Carol siente esa misma urgencia de encontrar a quién entregar su jardín y sus días transcurren sin recibir esa señal esperada. El jardín se ha multiplicado en tamaño, diversidad y producción. Es su orgullo y su secreto sagrado.

Un nuevo gobierno ha asumido el poder recientemente. Sin embargo, a pesar de los cientos de promesas que hablan de transformaciones en el manejo de recursos y nuevas políticas de conservación ecológica, se vislumbran ocho años de lo mismo. Veinte años atrás, una reforma constitucional, aumentó de cuatro a ocho los años el mandato presidencial. Esto podría favorecer la obtención de objetivos de más largo plazo, pero también aumenta las posibilidades de corrupción.

La expectativa es que este gobierno será un poco más de lo mismo, o sea, decisiones y acciones que en nada beneficiaran la conservación del ambiente. La promesa de transformación para reducir la polución, autos

eléctricos y las modificaciones profundas al manejo de residuos sólidos y demás quedaron atrás, y pareciera que a nadie le importa el futuro, a pesar de que el calentamiento global amenaza con ritmos alarmantes.

Las promesas de campaña de la nueva presidenta, una joven mujer de treinta y dos años, estuvieron basadas en programas hacia la recuperación del ambiente y la descarbonización. Su gobierno es un equipo joven, que denota energía e intenciones de realizar cambios drásticos. Sin embargo, ya nadie cree en promesas y la apatía es lo único que crece. De hecho el abstencionismo en las últimas elecciones alcanzó el 80%.

Contra todos los pronósticos, sin embargo, el primer decreto de la presidenta ha sido la reforestación y restauración de todas las áreas posibles en el territorio nacional. El proyecto iniciará con un plan piloto en el Caribe, y San Gregory, la comunidad de Carol, ha sido escogida para iniciar todo el proceso.

Los procesos de deforestación por los que el país ha atravesado, exterminaron las especies nativas de árboles. Dadas estas limitaciones y el ofrecimiento de donación de especies por parte de un país europeo, la reforestación y restaura-





ción se haría con especies exóticas. Esta decisión ya provocó reacciones adversas y diversos grupos han protestado por varios días consecutivos.

A la comunidad han llegado representantes del gobierno a promover la iniciativa y a definir los espacios a ser reforestados. Han avisado que debían organizarse comités, que serían los encargados de organizar la reforestación. De no hacerlo, el gobierno local tendría que resolver, pero la reforestación ocurriría de cualquier forma. La decisión estaba tomada y sería en aproximadamente tres meses que empezarán a llegar los árboles al pueblo.

Esta comunidad tenía mucho tiempo de no organizarse. Habían perdido la costumbre y el interés. Por esta razón, la nueva iniciativa no provocó ninguna reacción.

Cuando Carol se enteró del nuevo proyecto y la imposición de plantar especies exóticas como pinos, abetos y encinas, se mostró molesta y

decidió hablar con los promotores. Consiguió su cometido, pero no tuvo efecto alguno. Los técnicos, todos jóvenes, no tenían tiempo de escuchar a una persona de noventa años. Ella entonces decidió llamar a diversas personas de la comunidad, las mismas en quienes había pensado cómo

Cuando Carol se enteró del nuevo proyecto y la imposición de plantar especies exóticas como pinos, abetos y encinas, se mostró molesta y decidió hablar con los promotores.

herederas de su legado, para insistirles en que manifestaran su oposición al tipo de reforestación que se proponía. Sin embargo, luego de plantearles sus preocupaciones, estas personas no vieron ninguna alternativa ante la decisión del gobierno, pues no tenían ninguna opción que proponer. Lo que sucedería, pensaban, era mejor alternativa que no hacer nada.

Fue ante este panorama que Carol tomó la decisión que había pospuesto por tanto tiempo. Pensó que esta era la esperada



señal por la que había aguantado tanto tiempo. Abriría su jardín a la comunidad. Con esta decisión y tal como estaba previsto, la comunidad de San Gregory cambiaría para siempre.



Carol partió hace ya treinta años. San Gregory es hoy un maravilloso bosque de especies nativas. Plantas, árboles enormes, frutos diversos, flores de muchos colores y aromas adornan el pueblo. Diversas aves recorren los patios y los corredores de las casas; ahí se encuentran a menudo con perezosos, jaguares, tigrillos y otros animales que comparten el espacio con los pobladores. Se respira sol, aire y una paz maravillosa.

Todo el Caribe ya replicó el modelo y el bosque y las especies se han extendido mucho más allá de San Gregory. Los fines de semana, se organiza el mercado comunitario, en donde se comercializan e intercambian los productos que resultan del excedente de la producción agrícola. Los ríos de la comunidad son visitados, porque volvieron a ser limpios, caudalosos y la pesca es maravillosa.

Las cenizas de Carol reposan en el patio de la casa, al pie del árbol de fruta de pan que un día su tatarabuela plantó, cuando, en 1902, llegó, construyó su casa y una comunidad, y aportó a la construcción de una línea férrea.



El museo de los peces muertos

♦ José Pablo León ♦

*“Si nos quitan el derecho a vivir en el mar,
nos lo habrán quitado todo”*

Yo viví entre esteros y riachuelos. No voy a decir que en mi época el mar era transparente. A veces, después de una tormenta, a la orilla llegaba cada cosa... ini hablar de la desembocadura del Tárcoles o de playa Guacalillo!



Título: "Desalojo"

Técnica: Bagres sobre manglar

Año: 2021

Aún así, el agua para nosotros significaba todo: el inicio y el fin. Las telas azules de un toldo en la playa le cubrieron los ojos a mi madre para que no se encandilara mientras aguantaba los dolores de parto sobre la arena marrón. Mis hermanos y yo nacimos con cangrejos ermitaños en los deditos de los pies.

Mi vida siempre fue sencilla. De niños nos levantábamos a ver el mar por la ventana y no ocupábamos más que conchas y un balón de hule desinflado para ser felices.

Mi vida siempre fue sencilla. De niños nos levantábamos a ver el mar por la ventana y no ocupábamos más que conchas y un balón de hule desinflado para ser felices.

Por mucho tiempo vivimos de la pesca, de lo que el mar nos regalaba en nuestras relingas.

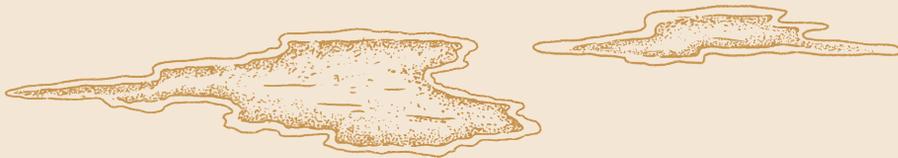
Recuerdo que mi abuela sacaba a vender pescados frescos a las orillas de la carretera. Los guindaba de un hilito y un gancho soportaba su peso para luego ofrecerlos durante horas.



El humo de los carros y el calor infernal le iban cambiando el aspecto a las macarelas: se ponían color mate y el olorcito a orín era el indicador de un mal día. Al menos yo, en la noche me comía las sobras, los ojos y la cola bien tostaditos, y dormía satisfecho con mis dedos grasosos y salivados entre las sábanas.

Y así fue hasta aquella tarde en la que se desbordaron a la vez el mar y el estero. La llena comenzó apenas estábamos desangrando los jureles. De nada sirvió matarlos con delicadeza. El ácido láctico lo produjimos nosotros cuando salimos corriendo a salvar lo poco que teníamos.

¡Y es que las mareas suben y no perdonan!. A nosotros se nos llevó las camas, los sofás, las cañas, las matitas que teníamos en la entrada y los recuerdos que guardábamos en la casa. El agua llegó a la altura del ten-



dedero de ropa. Quedaron flotando la leña para cocinar y los muros podridos de las casas aledañas se suavizaron como esponjas. ¡Esa noche me quedé esperando las mariposas de colores !

Después, y por mucho tiempo, abandonamos el mar: las palmas africanas cerca del humedal nos prometieron un mejor destino. Había que ir las botando de a poco para despejar el terreno y que al manglar fueran viniendo de vuelta los cangrejos y camarones que se asomaban a la superficie cuando íbamos a cosechar las pianguas.

Por las mañanas sentía el vaho en mis pestañas y, como a todos, me despertaba el sonido de los zancudos. Mis piernas enlodadas se equilibraban en los tallos secos de los mangles rojos enredados en la ciénaga brillante.

A lo lejos, barquitos de madera con anzuelos metálicos en sus bordes, cajas con hielo, camisetas de manga larga y gorras contra el sol, brillaban como los papelitos de colores satinados que pusimos en el altar de la Virgen del Mar.

Nuestra casa, en realidad, estaba en territorio “prohibido”. En el límite entre el desalojo y las inundaciones. Los demás humedales habían sufrido por eso.

El nuestro, que aún mantenía la esperanza de convertirse en un pueblo, pasó a ser el refugio de la comunidad y la alacena de la provincia.

El agua nos significaba todo: el inicio y el fin. Nos habían prometido que nos dejarían vivir al lado de nuestro hermoso manglar.

Pero un día nos desalojaron, no querían que allí hubiera hombres, ni mujeres ni niños. Solo naturaleza. Pero lo cierto es que los animales los trajimos nosotros cuando tiramos las palmas y que, bueno, tres generaciones después, cabíamos todos: los corales, nosotros y el manglar.

Pero para salvar a la naturaleza de nosotros, que la habíamos salvado sin importar que el agua nos oxidara las paredes de latas, nos sacaron. No fue en paz, por supuesto.

Esa madrugada, por ahí de las tres, mis hermanos y yo salimos en la panga celeste a por unos kilos de bagre. Como siempre, amarramos la panga y nos retamos para ver quién cruzaba el estrecho más rápido y llegaba nadando al primer cuerpo de arena.

Así seguimos, mientras el atardecer teñía las aguas de color morado, cuando entre el mangle, un incendio





espontáneo nos llamó la atención. Estaba comenzando. Se sentía como un quejido. Tomamos las hieleras, los remos y lo apagamos con la fuerza de los brazos. ¡Teníamos miedo!

Aun después del susto, mis hermanos menores se pusieron a bailar. La panga se movía en círculos infinitos y las risas nos acompañaron de regreso a casa. Cuando llegamos, nos estaban esperando tres guardaparques y dos policías. Lo primero que pasó por mi mente fue el incendio.

—¡Pero nosotros lo apagamos!— gritaban mis hermanos. Las hieleras cargadas de bagres se nos resbalaron de la impresión. Ya no tenían agua ni hielo. Todo lo usamos para apagar el fuego. Sobre la tierra cayeron nuestros peces muertos, tensos, tiesos... Las mariposas de colores llegaron a comernos vivos a nosotros y todo lo dejamos allí... cuando nos sacaron.

De nuestros ranchos quedaban solo las latas apiladas, y lo de adentro puesto de cualquier manera en cualquier parte.

Abandonamos el agua como se desligan los hijos de sus padres e iniciamos planes que ninguno había hecho para su propia vida. Migramos, como las aves y no nos volvimos a ver.

Yo me vine para la ciudad y casi no pensaba en eso para no entristecerme, hasta que en la televisión y en los periódicos anunciaron la inauguración del Museo de los Peces Muertos.

Iba a ser pronto, en septiembre del 2050, y estaba invitado todo el mundo. Bueno, todos no; de hecho la entrada, para las personas que tenemos cierta edad y habíamos vivido en la costa, estaba restringida. Para cuidarnos, decían, de algo que se llama estrés post-traumático.

Pero yo no me lo quería perder. Recorté la página del periódico y la fui leyendo en el bus: “Los museos se crean para enaltecer los orgullos nacionales, conmemorar los eventos desafortunados o enfrentar cara a cara, los sucesos más vergonzosos de la humanidad”.

Cuando llegué, me topé de frente con el edificio. La verdad, me impresionó; yo hubiera dicho que parecía el caparazón de una tortuga, pero el señor que lo describía, con un micrófono, explicó más bien que era pequeño islote artificial,



que da la sensación de estar flotando sobre el mar. Así, quienes lo visiten tendrán conciencia del daño que han sufrido nuestros litorales y reflexionarán —sumergiéndose— en la vida de nuestros antepasados y cómo el crecimiento económico hizo insostenible que estas áreas fueran habitadas no solo por humanos sino especies marinas. El progreso tiene su impacto sobre el mundo que habitamos.

En la próxima sala, veremos los restos de casas devastadas por las inundaciones que conservan los fósiles de organismos adheridos a las paredes.

¡Que sí qué yo no podría estar más de acuerdo! Igual, mejor me quedé calladito, porque, a pesar de mi piel dañada por el sol, aún me veo medio joven, y había conseguido una cédula falsa por si alguien me impedía el paso.

“En la primera sala, vemos miles de anchovetas muertas y sobre ellas, mariposas de colores llamativos que se alimentaban de su carne”, dijo el guía. Los turistas se tapaban la nariz por el olor a amoníaco; yo no, más bien entrelacé las manos atrás de la espalda con mis dedos y pensé

que ese aroma era como el del miedo. El que tiene uno en el cuerpo cuando es cobarde pero se hace el valiente.

Me quedé solo mirando y desde lejos me llegaba la voz: “Las llantas de hule que ven en los pasillos retratan las barricadas de los pobladores de la zona que, como guerreros, luchaban contra la fuerza del agua. En la próxima sala, veremos los restos de casas devastadas por las inundaciones que conservan los fósiles de organismos adheridos a las paredes. Es un espectáculo que llamará la atención de todos, desde los más pequeños hasta los más grandes”.

Decidí que eso no lo quería ver, mejor ¿para qué? Entonces me adelanté y entré a otro lugar muy iluminado y repleto de arpones viejos, redes de arrastre, anzuelos y trompas de pez sierra de esas que siempre se usaban como trofeos para los que ganaban peleas de gallos. Entonces me alcanzó el grupo que seguía la voz: “En este recinto conviven la vida y la muerte; en las vitrinas pueden observar objetos de antaño, de los que estuvieron a punto de acabar con la riqueza marina. De hecho, los peces sierra, cuyas mandíbulas secas ven allí, luego de haber estado en



extinción y tras un proceso de repoblamiento artificial, recién están siendo soltados en los mares”.

Yo ni sabía que habían logrado salvar del exterminio a los sierra, ¡qué dicha! De verdad me puse tan alegre que seguí al grupo como uno más

Ahí se acababa el recorrido. Yo me quedé sentado en una banca. Me picaban los ojos. Las personas pasaban al lado mío como sin verme. Entraban a un negocillo que tenía un cartel que anunciaba: “Secretos de un contenedor”.

y entramos a lo que llaman la sala blanca ¡viera que sensación! Como de estar atrapado, pero afuera... “Esto que están sintiendo se llama agorafobia. La producen los espejos, luces y corales pálidos, blancuzcos que parecen infinitos en un desierto de arena. La intención, damas y caballeros es que esta visión haga nacer en ustedes un sentimiento de arrepentimiento y es que si no actuamos ahora, que es nuestra última oportunidad: así será el paisaje de las costas”.

Ahí se acababa el recorrido. Yo me quedé sentado en una banca. Me picaban los ojos. Las personas pasaban al lado mío como sin verme.

Entraban a un negocillo que tenía un cartel que anunciaba: “Secretos de un contenedor”.

Yo me fijé y en el periódico decía que se podían llevar de recuerdo: “botellas con publicidad de antaño, zapatillas impermeables, anteojos de buceo, pajillas y muchos otros objetos recuperados de las cuencas contaminadas”, ¿Para qué querrá la gente cargar con un basural? No entendí, tampoco me dio la cabeza para superar el último párrafo: “Este museo se une a otras acciones globales para defender el manejo responsable de los ecosistemas marinos, para que futuras generaciones puedan retomar la actividad pesquera y los territorios costeros vuelvan a ser sitios habitables”.

Pero es que habitables eran, digo yo: ¿y si nos hubieran dejado quedarnos? Tal vez al manglar no lo hubiera invadido el helecho “negra forra” como pasó cuando lo abandonamos. Quizá los peces no estarían muertos como en el museo y no habría ni museo para entender cómo es que se vivía antes.

Como quien dice, hubiésemos nacido de nuevo, con los cangrejos ermitaños rondando nuestros pies y las ondas circulares como el rumbo de nuestras lanchas.



Verse en les otros

♦ *Camila Schumacher* ♦

Hoy cumpla 15 años. Por mucho tiempo, especialmente para las mujeres, eso significaba un montón de cosas. Tener mi edad las obligaba a protagonizar una fiesta, en la que tenías que sentirte orgullosa de hacer el ridículo. En la época de mi bisabuela, tipo el siglo pasado, tenían que bailar el vals y ponerse por primera vez tacones altos (las dos cosas juntas ya, de por sí, medio las condenaba a bambolearse como patos), vestirse de “princesas”, con vestidos de raso color pastel y repartir y recibir abrazos y sonrisas.

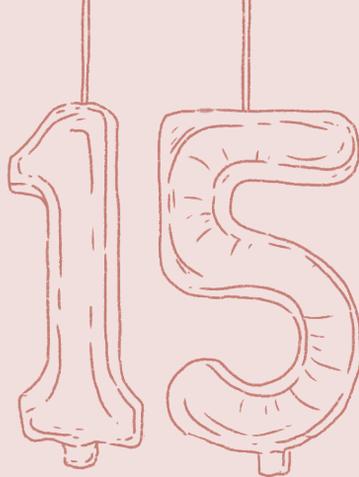


FUERA
DE
SERVICIO

HAPPY
BIRTHDAY

15

eli



Para cuando mi abuela alcanzó las quince primaveras, la tradición había cambiado un poco y lo ideal, si las condiciones económicas lo permitían, era viajar en un crucero. Eso es lo peor, digo, es como subirse a un centro comercial flotante. Además, esas barcazas que por dentro y para los pasajeros eran puro lujo y diversión, para el ambiente, eran un desastre. El ruido espantaba y hasta hacía encallar algunas especies marítimas; las fugas de aceite y combustible quedaban flotando, lo mismo que la basura.... es que, aunque cueste creerlo, a pocos les importaban esas cosas.

A mi mamá, los quince le tocaron en el 2020, que fue un mal año para casi todo porque fue el primero en el que el COVID se convirtió en pan-

demia y nadie sabía bien qué hacer, ni qué pensar, ni cómo esquivar el virus, ni el miedo. Fue como si el mundo estuviera en pausa, como si la ciencia ficción hubiese saltado de los libros y las películas a los noticieros y los periódicos. Ella tuvo entonces un *zoompleaños*: solo estaba con su mamá y les “invitades” se conectaban desde sus casas, en una plataforma virtual que, en ese momento, era todo un *hit*.

Ella tuvo entonces un zoompleaños: solo estaba con su mamá y les “invitades” se conectaban desde sus casas, en una plataforma virtual que, en ese momento, era todo un hit.

De las tres opciones, yo, quizás, me quedo con esta última, porque, al menos, no es ridícula ni le hace mal a ninguna. Pero prefiero lo que me toca, porque ahora, cumplir quince es diferente. No te obliga a nada y en cambio te da la posibilidad, en algunos países, de votar y participar de manera más activa y autónoma en la vida ciudadana.

Antes, a la gente de mi edad no la escuchaban ni la dejaban elegir lo más mínimo. Ahora, se vienen dando cuenta de que nosotros no somos



una promesa, ni estamos en fila esperando que nos llegue nuestro turno para que nos consideren personas o nos tomen en cuenta.

Antes no era así. Antes, lo bueno estaba de un lado, lo malo del otro, y en el medio no había nada. Bueno, algo sí que había: un miedo tremendo a lo que era distinto. A lo que estaba en la otra punta. Antes, sobre todo, cambiar no parecía una posibilidad. Cualquier modificación llevaba montones de tiempo, discusiones, enfrentamientos y al final, si se daba, era porque no quedaba alternativa: se había convertido en ley y quien no la cumpliera tenía un castigo.

Ahora, tenemos claro que las cosas no son como podrían ser sino como son. Eso no es ni bueno ni malo. Es así y puede cambiar. Depende de cada quien, de sus realidades, sus deseos, sus acciones.

Antes, se creía que la historia era una: la que salía en los libros; que les mayores que acumulaban experiencia y años, tenían razón. ¡Como si haber estado vivos los hubiese vuelto sabios! Además, la memoria era una virtud indiscutible.

En cambio, yo, como la mayoría de la gente de mi generación, desarrollamos una facilidad para no aferrarnos a los recuerdos. No se trata de olvidar, pero se le parece. Y no, eso no es un defecto: existen muchísimas maneras de “viajar” al pasado y recuperar datos sin importancia como qué comimos o cómo estábamos vestidos el año pasado o en cualquier fecha determinada o trascendente, como cuándo se abolió la esclavitud, cuándo se dejó de considerar que el agua era un recurso inagotable o cuándo empezó a considerarse –finalmente, porque costó muchísimo– que las mujeres merecíamos no solo los mismos derechos, oportunidades y sueldos que los hombres, sino el mismo respeto. Ah... y que el género no era una marca de nacimiento, como el ombligo, sino una construcción cultural con la que cada uno se identificaba y vivía a su manera y a su gusto.

Les que recuerdan todo muchas veces viven tristes, arrastran enojos, extrañan un tiempo que no existe más. A mí y a les persones de mi edad, en cambio, el ayer nos parece igual de distante que el maña-



na. Un par de espejismos inalterables. Si les dedicamos demasiada cabeza nos alejan del hoy que es lo único que nos pertenece, la última libertad que nos queda.

Hoy somos, estamos, hacemos, decidimos, queremos y odiamos. Hoy es todo el tiempo que tenemos disponible. Hoy, que en mi caso es mi cumpleaños, de momento estoy en pijama, escribiendo en la cama mientras Humo, mi gato, ronronea sobre mis pies.

Antes, dicen, cualquiera podía tener mascotas y nadie se metía. Lo que no dicen es que había sobrepoblación, maltrato y abandono.

Sí... tengo un gato. Hace poco, pasé las pruebas necesarias para que el Estado me considerara apte para tener una mascota: averiguaron que tenía suficiente espacio, sentido de la responsabilidad y posibilidades para hacerme cargo; que mis planes de vida no se iban a interponer con su bienestar. Hay un montón de gente a la que le



parece que lo de pedir estos requisitos es una exageración o, directamente, una estupidez.

Antes, dicen, cualquiera podía tener mascotas y nadie se metía. Lo que no dicen es que había sobrepoblación, maltrato y abandono. Que a veces, lógico, en caso de necesidad, aún a los animales domésticos se los comían y ya; y que en los desastres naturales, por la obligación de salir corriendo para proteger la propia vida, los dejaban atrás. ¡Había quienes preferían rescatar una televisión que un perro!

Humo es un gato atigrado y se llama así porque, de casualidad, nació en la misma fecha que mi bisabuela. Esa, la que les conté, la que tuvo que padecer del baile de las quinceañeras. Ella, siempre me contaba que de pequeña, vivía ahumada.

Y es que en esa época el humo no solo salía de las fábricas y de los carros, como siguió pasando hasta que mi mamá se hizo adulta, sino también de las personas. Cuando ella era pequeña, todos los adultos fumaban unos cigarrillos que además de tabaco, nicotina y alquitrán tenían no se sabe a ciencia cierta qué sustancias. Así, en los cines, las películas se veían detrás de una especie de neblina





que flotaba en el ambiente. Lo mismo pasaba en los autobuses, en los trenes, incluso en los aviones en los que el aire se recicla.

Fumar era normal y más que eso, estaba de moda.... ¡Hasta en los hospitales cuando nacía un bebé o celebraban el éxito de una cirugía, médicos, enfermeras y familiares festejaban con puros que no eran tan, tan malos como los cigarrillos, pero también lo enturbiaban todo!

Había una edad mínima para que fumar estuviera permitido, pero de tanto respirar aire viciado, casi era como si desde que nacían lo vinieran haciendo. Eso, más la supervisión constante de les mayores, les ahogaba.

A mi abuela le fue un poco mejor con lo del humo. Cuando tenía más o menos mi edad, el mundo y la ciencia se pusieron de acuerdo y fumar ya empezó a ser mal visto; se prohibió en los lugares cerrados; después, incluso, en algunas partes hasta al aire libre. Les que ganaban plata

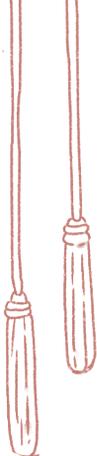
haciendo y vendiendo cigarrillos se quejaron, se opusieron. Hicieron hasta lo imposible para que el negocio no se les cayera... inventaron artilugios electrónicos, vaporizadores y no sé qué más.

Pero recién en la época de mi mamá, con la enfermedad supercontagiosa que atacaba los pulmones y que obligó a la gente a andar con mascarilla bastantes años, esa costumbre tan arraigada, se convirtió en

Fumar con la boca y la nariz cubiertas, sencillamente, no resultaba posible. Entonces, un poco a regañadientes y otro poco porque ni modo, se terminó por erradicar.

un vicio privado. Fumar con la boca y la nariz cubiertas, sencillamente, no resultaba posible. Entonces, un poco a regañadientes y otro poco porque ni modo, se terminó por erradicar.

Lo mismo, pero mucho más complicado, pasó con los carros y las fábricas, que seguían escupiendo sus residuos al aire. Empezaron a ser mal vistos, ahogaron las ciudades, se limitaron, se escondieron, fueron reubicadas en los lugares más pobres hasta que, lenta y finalmente, desaparecieron.



Ahora, el humo nos acompaña de vez en cuando; cuando prendemos una fogata o una chimenea y nos sentamos alrededor. Sí... como ocurría al principio de los tiempos: ¡es que a veces para avanzar, hace falta retroceder!

Lo mismo pasó con otras cosas en los últimos años. Y es que antes, todos creían y buscaban convencerse de que el infinito estaba a la vuelta de la esquina y que “para siempre” era la dura-

Y es que antes, todos creían y buscaban convencerse de que el infinito estaba a la vuelta de la esquina y que “para siempre” era la duración ideal del amor, la felicidad, los libros, las ideas, los objetos, algunos gobiernos, la vida y hasta la humanidad misma.

ción ideal del amor, la felicidad, los libros, las ideas, los objetos, algunos gobiernos, la vida y hasta la humanidad misma. Perseguían la eternidad y la trascendencia como meta y el final les hacía castañear los dientes del miedo que le tenían.

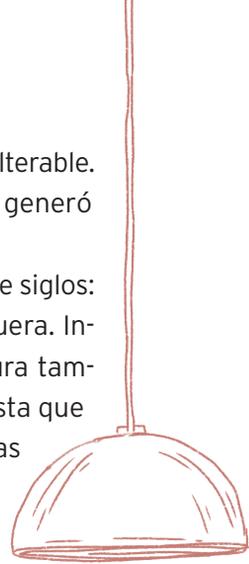
Tan apegados estaban que hasta el idioma les parecía inalterable. La “e” de todes que ahora se nos hace tan obvia, antes, generó polémica, rechazo, discusiones, broncas y burlas.

El plástico y la religión fueron los mejores aliados durante siglos: parecían servir para todo. Para preservar intacto lo que fuera. Incluso cuando, hubiese dejado de ser útil. Por eso, la basura también, quedaba tal cual y había que buscarle lugar... así, hasta que no cupo en ninguna parte y la mandaron al espacio y otras miles de barbaridades que ahora, de solo pensarlas, nos parecen horribles.

Pero es que a la humanidad eso de creerse inteligente le pasó una factura altísima. A les humanes les costó darse cuenta de que, por más ganas que le pusieran, por más que quisieran tener razón, estaban equivocades.

Todo se acaba y empeñarse en lo contrario es el origen de cualquier tragedia.

No sé si ahora, que tenemos menos certezas, vivimos mejor. Seguimos naciendo sin haberlo pedido, pero en todo caso, cada uno se hace cargo de lo que elige. De no dejar huellas indelebles de nuestro tránsito por el planeta. Hacemos lo que queremos y lo disfrutamos mientras dure... Estamos de paso, sabemos que aun la tristeza tiene los días contados.





Ahora escribimos ni bien nos despertamos, no con la intención de que alguien nos lea sino para nosotros, para atrapar algo de nuestros sueños, para que cada jornada tenga una brújula. No queda grabado. Cada mañana nos toca empezar de nuevo. Un poco como Sísifo, que es un personaje muy antiguo, que no les voy a contar quién era porque no me acuerdo bien y, en todo caso, su historia se puede encontrar en esos archivos de memoria a los que cualquiera tiene acceso.

Ahora, estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, pero que lo mínimo y lo máximo se tocan y que estamos obligados a encontrar un equilibrio.

Lo que más cuesta y desde la época de mi bisabuela hasta ahora sigue siendo un desafío, es lidiar con dos inventos híper viejos que se niegan a desaparecer porque no habitan en el mundo sino dentro de cada organismo más o menos humano.

Hablo del ego y de la colectividad, de vencer la tentación de algunos a quienes que les da por creerse superiores, o les encanta sentir que les demás deben ser inferiores y merecen tener menos oportunidades y más hambre.



Hoy que cumpla 15 años se me ocurre que para eso erradicar los espejos puede ser la solución correcta: así, solo podremos reconocernos si nos reflejamos en les otros. Voy a probar, al menos durante 24 horas...

Humo parece estar de acuerdo, porque se despertó de golpe, me saltó encima y ahora me lame la cara. Es eso o que tiene hambre. Todavía, entre especies, nos falta afinar la comunicación.



Flor de maíz

♦ *Leonardo Porras* ♦

Isabella tiene 16 años, vive en Cartago. Le gusta mucho bailar, pero en público, le da vergüenza. Estudiar le da pereza, pero no queda de otra: está haciendo un técnico en electromecánica además de llevar el colegio en línea. No se imagina trabajando. No piensa mucho en el futuro.

Lo que pasa es que cuando sus papás se empeñan en algo no hay cómo llevarles la contraria. Así que ahí va, en el bus rumbo a Bijagual. No es que esté incómoda. El transporte público es seguro; lo que pasa es que, solo hay un viaje diario: sale a las 6 a. m. y regresa a las 4 p. m. ¡Y es que quién va a ir a ese pueblo perdido en las montañas! ¡Solo el que haya salido y por algún motivo deba volver!



Isabella tiene que ir o ir. Sus padres no pudieron pedir libre en el trabajo —en los últimos años las leyes laborales se volvieron bastante inflexibles— y su abuela estaba pronta a fallecer. Alguien tiene que representar a la familia.

Ĕb Naná usa dos trenzas largas y negras e Isabella el pelo corto y con las puntas de colores, tenis con plataformas; su prima, siempre que puede, camina descalza

Ĕb Naná ¹ tiene la misma edad que Isabella... además, nacieron el mismo día. Su abuela decía que la “llena” acelera los partos. Así, en familia, ellas por un tiempo fueron consideradas hijas de la misma luna.

En realidad, son primas: ambas son altas, esbeltas más que delgadas, y con el pelo lacio y, sin embargo, no se parecen. Ĕb Naná usa dos trenzas largas y negras e Isabella el pelo corto y con las puntas de colores, tenis con plataformas; su prima, siempre que puede, camina descalza.

¹ Flor de maíz.

Ellas no se llevan ni bien ni mal; simplemente no se conocen. Como hubiera dicho la abuela, “son peces de otro río”.

Las primas llegan a la casa. Isabella trata de ser amable. No quiere ofender a nadie, pero la verdad, no entiende porque decidieron seguir viviendo dándole la espalda al mundo, al progreso. Como en un museo al aire libre. No es ingenua, sabe que de alguna manera tienen lo que necesitan... pero, ise conforman con tan poco!

De hecho, hubo un tiempo en que todos tenían teléfonos, varios televisores en las casas, motos y cuadraciclos, supermercados en donde había de todas las frutas y verduras durante todo el año, parejo. Se había dejado de sembrar.





Luego, por ahí del 2035, más o menos cuando ellas nacieron, Bijagual decidió volver a la tierra: a comer aguacates en mayo y junio, maíz en agosto para hacer los tamales en su tuza; o sea, cuando es tiempo de cosecha. Los colores de las semillas volvieron a formar el arcoíris entre las montañas del pueblo.

Es cierto que, cuando la comunidad tomó la decisión de sacar lo que no le era propio, estaban en una encrucijada: nunca habían sido tan parecidos al resto del país... pero les habían cerrado las escuelas y los niños tenían que caminar kilómetros para que les enseñaran que el país había sido descubierto en 1502, cuando Colón llegó a la isla Uvita.

Cada vez quedaban menos personas, que vivían con más prisa y disfrutaban menos. Los jóvenes emigraban a las ciudades.



Fue entonces que se reinventaron. Volvieron a recuperar su manera de vivir. Refundaron la escuela y el colegio, dejaron el wifi en zonas comunales; hicieron aplicaciones en Bròran² para sus estudiantes y cada uno tenía acceso a su computadora; dejaron algunas motos para recuperar las caminatas y los caballos.

Isabella decidió seguir a su prima; así no iba a meter las patas. Después de dejar las cosas sobre la cama de Èb Naná, salió al patio. Se sentaron al pie de un árbol. Como su prima miraba el cielo, la imitó y pronto sobre sus cabezas pasó volando una bandada de garzas blancas... ieran un montón!

2 Idioma del territorio.



Ëb Naná le explicó que iban a la laguna porque el día había acabado. Isabella no conocía la laguna. No sabía siquiera a qué distancia estaba, pero sintió ganas de ir... su prima sonrió, no le prometió nada, pero le dijo que el agua unía al pueblo más que la cercanía de una casa con otra.

Al día siguiente, Ëb Naná se ofreció a ir a buscar hojas de bijao para hacer los tamales de arroz que la abuela había pedido ... faltaban nada más algunos detalles para atender a la gente que vendría a despedirla. La muchacha ensilló dos caballos y le hizo señas a su prima. Isabella nunca había montado. La otra la tuvo que subir alzada.

Ëb Naná le dijo que cuando llegaran a la laguna tenían que hacer silencio, que nada de tomar fotos.... Lo que iban a hacer no estaba prohibido, pero casi-casi. Le contó que en las cuevas de la orilla vivían seres mitad personas, mitad serpientes; que los tepezcuintles y saínos se metían en los surcos y desaparecían de los cazadores.

Al llegar, el caballo que iba adelante se encabritó. Dejó a Ëb Naná sentada en el piso y dio la vuelta. Isabella se asustó: si hubiera sido ella,

seguro estaría muerta, pero su prima se sacudió el polvo y le pidió que se hiciera para atrás para compartir montura. Cuando se iba a subir al caballo, recibió tremendo mordisco en el brazo, pero disimuló el dolor y el miedo que ella también iba sintiendo.

Los animales tienen su sabiduría y si los caballos no querían ir... por algo sería.

Pero ya estaban frente al Alto del Grito. Cortaron un buen rollo de hojas para los tamales. Con eso listo, sintieron un deseo irresistible de adentrarse más, brincaron sobre las tres piedras que atraviesan la quebrada y entraron en lo profundo de los árboles.

Lo que vieron y sintieron, les hizo sentarse. No había duda: era un lugar diferente, con contrastes de colores y árboles gigantes que cuidaban las orillas. El único ruido lo hacían los patos al esconderse entre los juncos. De pronto una voz irrumpió el silencio.





— ¿Qué buscan?— dijo.

Isabella se levantó y tomó una piedra; Ĕb Naná quería hablar, pero la voz no le salía. Iban a salir corriendo.

— No se vayan. Sé quiénes son. Conocí a sus abuelos y a los abuelos de ellos.

Las jóvenes descubrieron que no podían moverse.

— Vengan detrás de este árbol y sabrán quién soy.

Isabella siguió el camino que trazaba la voz y fue dejando sus huellas marcadas en el barro. Ĕb Naná se atrasó más, quería entender qué sentía.

Al llegar vieron un rostro que les era familiar, como si fueran ellas mismas reflejadas en el espejo de los años... se trataba de una mujer agitada y de mirada fija, profunda, que burlaba el tiempo: era como si viera, al mismo tiempo, al pasado y al futuro.

— La respuesta a todas tus preguntas está al otro lado de la cueva, detrás de la montaña que cuida la laguna, sigan la ruta a T'ër Di³.

— Pe-ro...—pudo pronunciar Ĕb Naná tartamudeando— ¿No es por ahí donde los animales se pierden?

3 Territorio indígena ubicado en Bocas del Toro, Panamá.

— ¿Es que acaso no es otro país?— quiso saber Isabella.

— Sí y sí. Pero es la única manera de descubrir la historia que nunca fue escrita, de abrazar las raíces que no han sido enterradas.

Las chicas se sentían extrañas. Isabella quiso contarle a su prima lo que se sentía dentro de los cascos de realidad virtual, Ëb Naná sentía podía mirarse desde afuera, como si estuviera en dos lugares a la vez;

Las chicas se sentían extrañas. Isabella quiso contarle a su prima lo que se sentía dentro de los cascos de realidad virtual, Ëb Naná sentía podía mirarse desde afuera, como si estuviera en dos lugares a la vez; prendió una candela de cera de abeja que llevaba en el bolsillo. Su prima alumbró con el foco del celular.

Ambas hicieron silencio para escuchar al río que corría fuera. Un viento frío atravesó la cueva. Del otro lado estaba el lugar donde los árboles vieron crecer a sus antepasados. Los mismos árboles todavía



estaban erguidos, sobrevivientes de las tormentas, los derrumbes, hasta del olvido de las hachas.

La cueva dio salida en una montaña alta de color azul. Ya el río no se podía ver. Estaban al otro lado de la cordillera, pero a la vez era como si estuvieran en un mundo perdido. Si a Isabella le parecía que su familia Broran vivía de espaldas al “progreso”, esto era otro nivel.

Un mundo detenido, pensó Ĕb Naná donde las familias pescan con bacsha⁴ —un bejuco que que se aplasta, hasta que echa una savia que atonta a los peces y hace que se los pueda agarrar con la manos—. Ella de eso, algo había oído, pero ver, lo que se dice ver, nunca.

⁴ Bejuco utilizado para la pesca.

Alrededor del fuego los niños cantaban siguiendo la voz de una mujer mayor que se apoyaba en un bastón firme en el suelo: “Wibing, wibing, wibing T´renhuo, t´rene, t´rene ¿Llë laydë cuzong?”

Ëb Naná entendía muy pocas palabras; Isabella, para sorpresa de las dos se sumó al coro y hasta lo tradujo: “¿qué nos querrán decir los pájaros con su canto? Los pechos amarillos qué mensaje nos dan”

Ninguna entendía lo que estaba pasando ni por qué. Isabella se sentó en el suelo, su prima la miraba buscando una respuesta.

— Una no elige su nombre— dijo— pero a mí me hubiera gustado llamarme T´ër.⁵

—No tiene sentido, T´ër es nuestra abuela— contestó su prima.

— ¿Y qué tiene sentido? ¿No sentís que estamos dentro de un sueño?—. Isabella se despidió de la gente con la mano y un silbido y comenzó a caminar sobre sus pasos. Ëb Naná la seguía. Les parecía grandioso haber tenido las puertas abiertas a ese mundo.



5 Abuela de todos los Brorán

A lomo del mismo caballo llegaron a la casa y se pusieron a hacer los tamales. No dijeron nada de lo que acababan de vivir.

En otra olla, los tíos estaban cocinando la chicha: le daban vuelta con una cuchara de madera al atol de maíz nacido. Separaban una parte para dejarla en reposo, así, tres días después fermentaría y pondría a bailar a cualquiera. Mínimo tendría un 8% de alcohol.

Había quienes lloraban y otros contaban chistes e historias de la abuela. Isabella le hizo una videollamada a su papá, que ni así consiguió que le dieran permiso en el trabajo para trasladarse hasta allá.

Cuando los tamales estaban hirviendo, escucharon a la abuela suspirar hasta vaciar los pulmones. Acaba de morir. Presidiendo su propio funeral.

Había quienes lloraban y otros contaban chistes e historias de la abuela. Isabella le hizo una videollamada a su papá, que ni así consiguió que le dieran permiso en el trabajo para trasladarse hasta allá. Nada, ni la



foto, ni el acta de defunción sirvió. Antes de cortar, le pidió al padre que le mandara plata para comprarse un tinte: quería volver a tener el pelo negro. También les dijo que pensaba pasar las vacaciones en el pueblo, que cancelaran el intercambio que iba a hacer para mejorar sus habilidades en japonés.

El papá le pidió que pensara en su futuro y ella le aseguró que era en eso, justamente, en lo que estaba pensando. Al despedirse, de sus mejillas colgaban lágrimas de lluvia.

Isabella comenzó a usar el nombre de T'ër hua⁶ y a hablar exclusivamente en Brörán. Al principio solo Ėb Naná le entendía. Poco a poco, de irla escuchando, cada vez fueron más las personas —sobre todo los

6 Nietas de la abuela



niños— que usaban esas palabras. Era como si estuvieran jugando, pero se lo tomaban en serio.

T'ër hua tenía como un imán la gente se le acercaba y ella les sugería qué hacer: danzar, cantar, tomar el cacao maduro que colgaba del árbol, separar ocho semillas para luego sembrarlas.

Los martes cocinaba ëb jonio⁷. Le sobraban manos para colaborarle a moler el maíz, colarlo, quitarle el hollejo y cocinarlo en el fogón — ¡Sí, habían vuelto a valorar el espacio del fuego!—. Lo endulzaban con bano maduro y lo servían caliente, cuando el sol empezaba a subir.

Un viernes, la comunidad completa organizó una caminata a la laguna de Carse. Todos en silencio, se sentaron en la orilla y observaron las montañas más azules que nunca. De los árboles de espabel volaban las ardillas: los niños se peleaban con las iguanas los frutos verdes.

7 Atol de maíz

T'ër hua no había vuelto a cargar el teléfono. Pero, Ëb Naná se comunicaba con sus tíos en la ciudad y les contaba que su prima estaba bien. Distinta a la que conocían, pero feliz o algo más que eso. Mientras, ella se sentía apagada... como si hubiera perdido su lugar en el mundo.

Una noche, las primas que seguían compartiendo cuarto, hicieron un trato: Ëb Naná se iría a la ciudad. Podría usar toda la ropa y los aparatos que su prima había dejado allí. Sobraría quién le enseñara hacerlo.

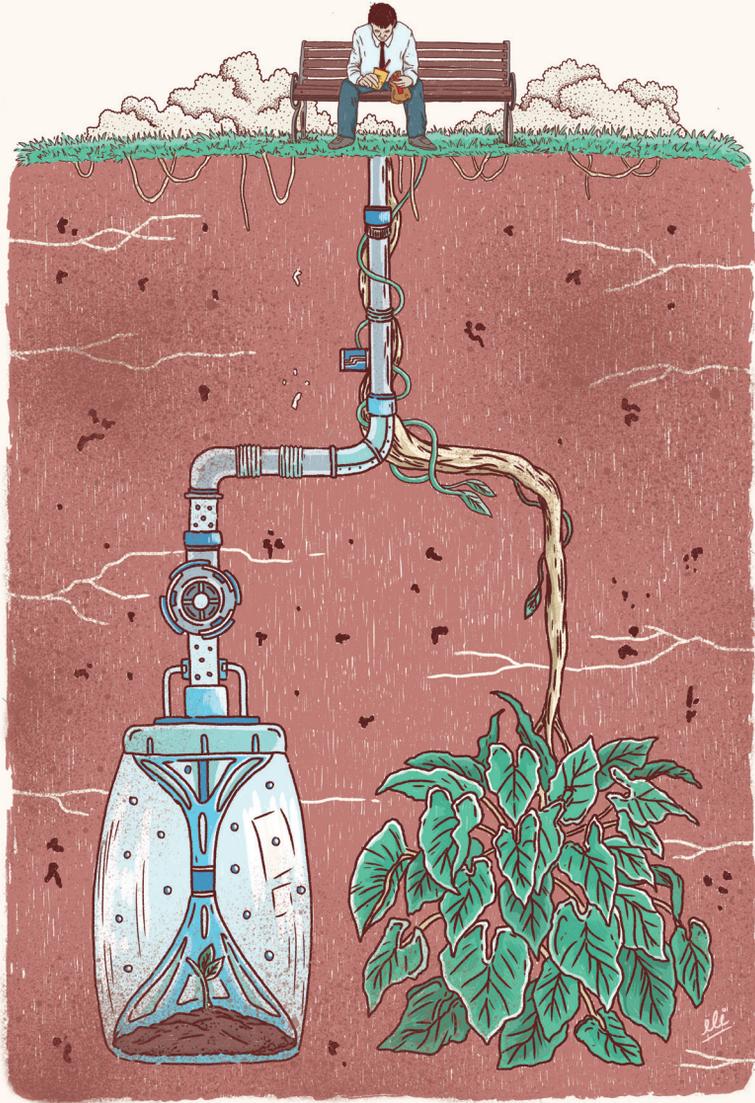
Eso sí: sería un viaje de ida y vuelta



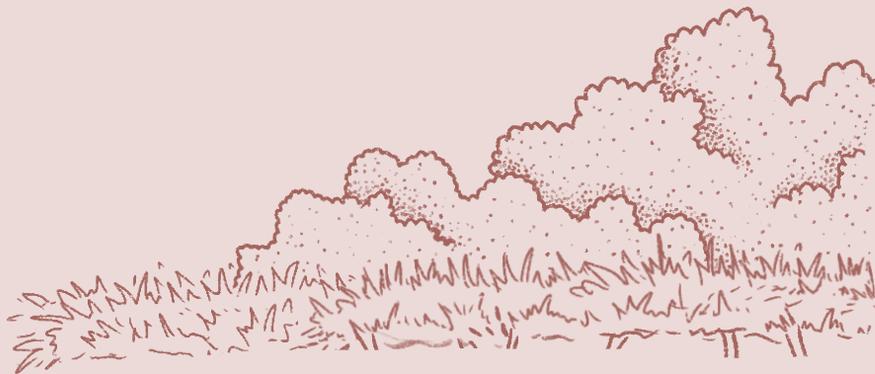
CUESTIÓN TERRENA

♦ *Emilia Macaya T.* ♦

Sí, es a usted a quien me dirijo. A usted, que vino a este parque para tomar el alimento del mediodía, a la hora que debe ser. Justo las doce. Lo he visto abandonar su oficina al marcar el reloj el primer segundo de la pausa laboral, ni más ni menos. Y voló raudo, a toda velocidad buscando el exterior, en lugar de permanecer encerrado en el cubículo que han destinado para usted. Ha corrido en busca de ese pedacito de entorno natural en medio del fragor citadino, el parque, hastiado ya de encierro, informes, números y facturas. Sepa que conozco bien quién es y qué persigue, por el momento, aliviar el hambre acumulada durante buena parte de la mañana. Porque el café al que tiene derecho le supo



a diablos y así se le asentó en el estómago: un fuego para incendiar las tripas. Veloz lo vi salir con ese atadito tan coqueto colgando de la mano derecha, una bolsa colorida de cadena gastronómica con los dos recipientes de plástico, uno para la comida, el otro para la bebida con burbujas, que no puede faltar. Sin postre desde hace días aunque el combo ya no sea tal, su esposa le ha arrancado la promesa del cero azúcar pues le molesta, y mucho, la órbita grasosa que ha empezado a crecerle en la cintura. Ya ve, conozco todo de usted, también las intimidades. Y en este preciso instante continúo observándolo, aunque yo le resulte invisible. Sabía que si me colocaba aquí, en la esquina de este cuento en que lo he aprisionado, notaría todos sus movimientos. Hasta el más mínimo. Ya me



dirá que juego con ventaja, lo tengo frente a mí y lo contemplo a mi antojo, es usted “un-otro-mondo-y-lirondo”, sin secretos, con ese su alimento tan primorosamente envuelto, afanoso en el disfraz de colorines para volverse deseable. En cuanto a mí, va a tener que imaginarme.

Suelo utilizar el poder de la mejor manera y la libertad que ahora le quito, se la devolveré finalmente, con creces.

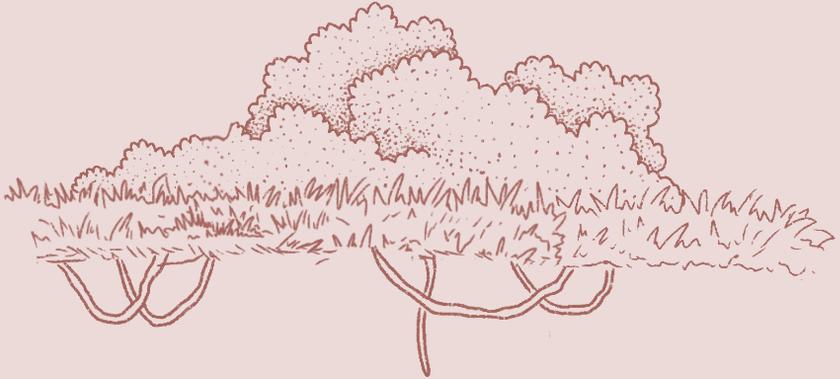
Privilegios de quien escribe y cuenta, como lo hago ahora. Porque puedo construir todo a mi gusto, definir enteramente sus atributos, determinar un mundo y hacer que actúe en él. En otras palabras —y porque está en mis manos— voy a encerrarlo por un rato en esta historia. ¿Por qué recurrir a algo así, tan poco respetuoso? Porque es lo que hacemos quienes nos dedicamos a contar. Pero no vaya a desconfiar de mí, no... Antes bien, soy en extremo confiable y poseo muy buenas intenciones. Suelo utilizar el poder de la mejor manera y la libertad que ahora le quito, se la devolveré finalmente, con creces. Resultará un buen negocio. Pero eso ha de ser cuando llegue el momento. Mientras tanto, no hay

más remedio que someterse a mi voluntad, obedecer sin remilgos. Por eso me mantengo en esta esquina, entidad todopoderosa. Yo invisible, usted presente. Y por si fuera poco, a mi merced.

Pero basta de preámbulos. Llegó el momento para que ambos entremos en materia. Desde mi rincón, compruebo que ya acabó de comer. Paladea el último bocado y sostiene en las manos el bodeque de papel, la bandeja plástica sin rastro ya de alimento y el vaso obscenamente grande, del mismo material y color. Fijo mis ojos en la escena y percibo en usted cierta duda, la mirada se le ha vuelto escurridiza y noto lo que otros no ven, pero a mí no se me escapa: ignora qué hacer con ese resto del almuerzo, desconoce el lugar en donde irá a parar su

basura. Porque es su basura. Y con las manos en alto, gira el torso hacia uno y otro lado, buscando el basurero. Compruebo que no lo encuentra. No logra divisarlo por una razón sencilla y es que está detrás de usted. Detrás de esa banqueta en la que se ha sentado. He de añadir que no hay un solo recipiente, sino varios. Rotulados además según su contenido y por si fuese poco, con un dibujo al fren-





te, dependiendo de cada caso, para mayor facilidad. Y es aquí, al amparo de su duda (porque no ha decidido qué hacer con los despojos) donde hago alarde de mi poder y comienzo a quebrar la historia. La parto en dos caminos, dos rutas muy distintas. Todo ello, para que al terminar este relato en el que estamos, sea usted quien decida por dónde transitar. Para que elija, en pleno ejercicio de su libre arbitrio, superado ya el encierro en que lo he sepultado. ¿Y por qué —piensa ahora— un quiebre así, tan repentino? Quizá porque este cuento se quiere parecer al planeta que habitamos: ambos son un equilibrio roto. Nos queda, mientras tanto, trecho por caminar, esta historia aún no acaba. Y a lo mejor, algo se puede arreglar. Sin embargo, puesto que usted -y me consta- no se ha dado el pequeño trabajo de levantar sus posaderas del asiento para

mirar hacia atrás, le da por asumir un aire de inocencia y se hace el desentendido. Como quien no quiere la cosa, con aspecto angelical, está a punto de sumergir la mano entre las sombras, bajo la banca, para dejar allí, artero y escondido, el cuerpo del delito. Hasta ese punto me empeño en sumar detalles. Es entonces cuando intervengo para advertir

Aunque si es verdad que existe un destino común, ha de estar conformado igualmente por la suma infinita de nuestros actos individuales.

“¡Cuidado!”

“¡Piense muy bien en lo que está a punto de concretar!”

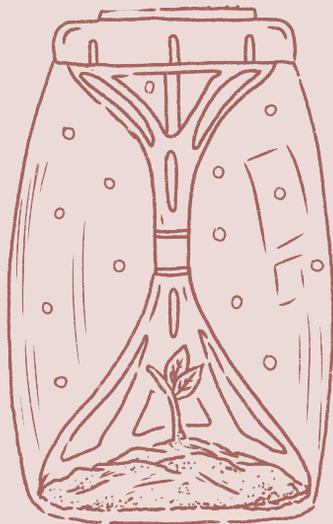
Porque es en los detalles donde solemos jugarnos el destino. Siempre hay dictados generales y desempeñan una función. Las grandes decisiones en las grandes instancias. Aunque si es verdad que existe un destino común, ha de estar conformado igualmente por la suma infinita de nuestros actos individuales. De esos pequeños gestos también se nutre el mar inmenso de lo humano. Y es vital que lo recuerde, acaso le sea útil al final, cuando, como le anuncié, deba darle un desenlace a esta historia. Para

lograr todo eso lo secuestré. Es a lo que nos conducen las pes-tes y los desequilibrios, a percatarnos de que cedemos en nuestra libertad para que el bien común se alcance.

Volvamos pues al quiebre, la ruptura —no tema aún desgracias— y la bifurcación. A esos dos trayectos del relato gestados en su duda: buscar un recipiente o tirar al suelo la basura. En vista de que parece usted abandonarse a la pereza —culpa al calor y a la marea alcalina— imaginemos, en un primer momento, que no se dio a la tarea de buscar y la basura terminó en el suelo. Y puesto que así lo decidió, comencemos el viaje persiguiendo el amasijo colorido que no permaneció en el parque sino que rodó por la ciudad, halló el cauce de un riachuelo y de ahí, desembocó en el río. Por el trayecto, encontró la compañía de un pote oxidado de pintura, una botella cortada por la mitad, una gasa de enfermo y, en algún punto, todo el conjunto recaló en un congelador despanzurrado. De allí, directo, a una de las islas de basura flotante, en mitad del océano. Quebrems pues el hilo y observemos, andando el tiempo, dónde fueron a dar sus desperdicios.

En la desolación del paisaje desértico, una burbuja de cristal, con apariencia de domo, concentra el punto único en el que asoma un esbozo de verdor. Cierta adminículo de cifras brillantes, colocado en una columna exterior, in-



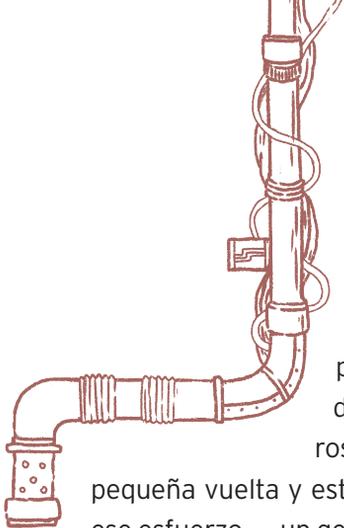


dica, en la parte alta, el año 2050 y un poco más abajo, los tres grados centígrados de ascenso en el calentamiento global. Hacia el interior de la burbuja, una joven se afana en atender infinidad de recipientes con plantas, semillas a medio germinar y embriones minúsculos, animales o vegetales. Luce absor-ta en su tarea pues sabe la importancia del empeño, leyó que en otras épocas un varón, llamado Noé, debió conservar la vida de su tiempo en una enorme barca, para salvar a la humanidad de la debacle. Junto a la joven, aunque un poco más atrás, sentada en una suerte de escritorio también de cristal, una anciana escribe sobre láminas que se iluminan con extraña luz, conforme va

deslizando el estilete. Al fondo se percibe cierta caja igualmente cristalina, con forma de sarcófago, donde reposa dormido un hombre joven. Ambas mujeres cuidan también de él, han sido advertidas de que el muchacho despertará cuando la Madre Tierra pueda ser repoblada, si es que llega ese día. Mientras tanto, no queda más que esperar. Sin embargo, la joven mujer, con su labor, apuesta por la esperanza de un futuro, mientras la anciana reconstruye y registra los hechos del pasado. Pocas veces levanta ésta la mirada

Mientras tanto, no queda más que esperar. Sin embargo, la joven mujer, con su labor, apuesta por la esperanza de un futuro, mientras la anciana reconstruye y registra los hechos del pasado.

desde las láminas y cuando lo hace, sus ojos se llenan de añoranza. En la laminilla que ahora sostiene se leen los trazos de un relato pasado, cuyo título se divide claro: “Cuestión terrena”. Seres para ellas desconocidos, en vehículos que simulan esferas incandescentes, se encargan de proveer lo necesario para que en la burbuja nada falte, pese al aislamiento decretado. Ya no distinguen entre compañía y soledad, dos sentimientos que se han tornado ajenos.



Observo que frunce usted el ceño. ¿Asombro, temor? Una mezcla de ambos y algo más, ya me di cuenta. Retornemos ahora a nuestro parque, no pierda aún la compostura. Quizás este ejercicio de la imaginación le haya aliviado el estómago y se pueda librar de la pereza. Dese la vuelta y mire detrás de usted: aún tiene al alcance de la mano los basureros. Acaso le convenga un poco de ejercicio, dar una pequeña vuelta y estirar las piernas, que muy bien cae al cuerpo. Con ese esfuerzo —un gesto mínimo— quizá pueda variar la nueva historia, esa que aún está pendiente. Imaginemos, por tanto, que hizo llegar la basura al lugar adecuado. Y en esta ocasión vamos a permanecer aquí, en nuestro parque, aunque avanzando una vez más en el tiempo. De nuevo, el año ha de ser 2050.

Abracadabra, lo hicimos. Logrado está. Aún desconfía de mí, aunque le he dado pruebas palpables de mi poder. Afirma no reconocer este lugar, aunque ya le indiqué que es el mismo. Su parque del mediodía. Se resiste a aceptar que pueda haberse transformado hasta tal grado, luce como el espacio ameno de los poemas pastoriles. ¿Que no sabe lo que son y jamás los ha leído? Peor para usted, tal vez conociéndolos sería un poco menos descuidado. Más

amigable con su entorno. Dejemos que discurren los acontecimientos, el relato está incompleto. No es que una varita mágica haya multiplicado el verdor —como se inclina a pensar— ni haya dotado de pureza y placidez el aire que respiramos. Es la ciencia y el buen tino de las gentes lo que ha logrado el milagro. Eso que mira son los jardines verticales, los mismos que antes fueron paredes de cemento con ese tono tan gris que tanto agobia. Sin embargo, le esperan más sorpresas. Atrévase y recorra los senderos impecables, refréscase en la fuente a su derecha y corte con los dedos el chorro de la cascada. Porque fuente y cascada contienen el agua limpia —la lluvia recibida en colectores— o bien, se alimentan con los residuos líquidos, convenientemente tratados, cumplido ya el trajín humano de todos los edificios. Sí, hay que creerlo, porque todo ello permite conformar la materia cristalina que desliza entre sus manos. Puede beberla también, no tema, vencido está ya el tópico de la cloración y del agua embotellada. ¿Y en cuanto a esa otra materia —me pregunta— bastante más concreta, con la que alivia el estómago al llegar el mediodía? Tengo al respecto novedades excelentes. Para en-



contrar el alimento óptimo, bien puede dirigirse hacia su barrio y buscarlo en su vivienda. Tan solo espere unos minutos el vehículo colectivo, con energía de hidrógeno, en el flujo constante y ordenado que organiza la empresa. Puesto que la jornada laboral se ha reducido gracias a la eficacia de los horarios, la aptitud de los ámbitos y la eficiencia del transporte, no necesita usted tomar

Con esto, pongo en sus manos la elección, ya no soy yo quien define el desenlace. Antes, vuelva los ojos y mírese: sostiene todavía en la mano los envoltorios arrugados.

aquí el alimento. Lo hará en su casa. Pues vive usted en un conglomerado habitacional dotado de energía solar y construido en torno a un amplísimo jardín central, con juegos para los niños, lugares de deportes, espacios de ocio y salas de trabajo compartidas, amplias y cómodas, según lo dictan los mejores recursos tecnológicos. ¿Y la comida —no para de preguntarse—, en qué consiste? Dispondrá en hora exacta del alimento, distribuido por drones y preparado en centros de nutrición que aseguran la mejor y más deleitable dieta: producción limpia de carnes, vegetales y granos, bebidas energéticas muy saludables y refrescos reconfortantes. ¿Qué le parece?

Y bien, regresemos ahora al lugar habitual y a nuestro tiempo. Pues llegó la hora de la verdad y no es del caso posponer decisiones. Tampoco, de retrasar el final de este cuento. El tiempo apremia. Le entrego pues, como le prometí, las llaves del relato. Con esto, pongo en sus manos la elección, ya no soy yo quien define el desenlace. Antes, vuelva los ojos y mírese: sostiene todavía en la mano los envoltorios arrugados. Decida dónde irán a parar y escriba así el final. Está en usted qué curso dar a la historia.



Tranquila Edith

♦ *Ana Luisa Mora Fernández* ♦

En el 2022, el mundo estaba por acabarse. Por tercer año consecutivo, la pandemia no daba tregua. En febrero, Guanacaste ardió por 30 días; en agosto, la temporada de lluvias arrasó con varios pueblos en las faldas de los volcanes; en noviembre, dijeron que el puerto de Puntarenas iba a desaparecer bajo las aguas del Pacífico “en lo que quedaba del siglo”, siendo esta una proyección optimista.

Ese año, a las puertas del fin, nació Edith.



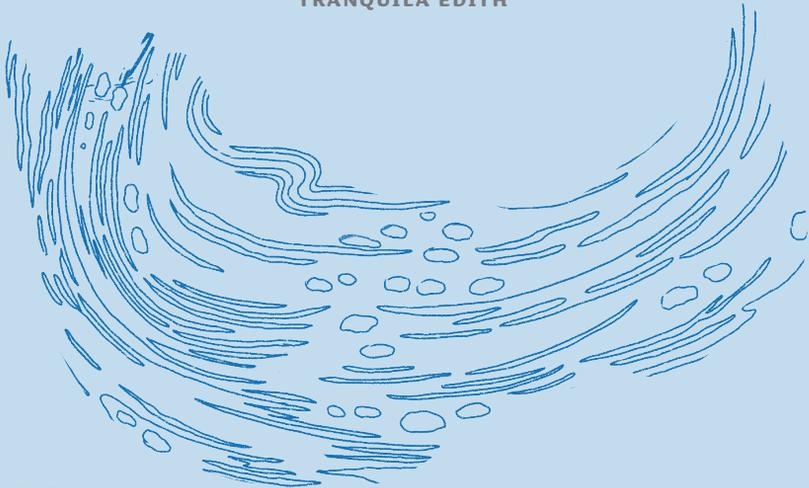
eli

Las fotos de sus primeros días en el hospital, como las de la mayoría nacida en la época, mostraban a sus padres —una pareja herediana de treintañeros— usando mascarilla quirúrgica sobre la boca; era imposi-

La angustia de sus padres acompañó a Edith durante sus primeros años. A pesar de ser una bebé sanísima, creció esperando la muerte.

ble saber si sonreían. Habían pospuesto formar una familia todo lo que habían podido, y el embarazo no planeado llegó a sus vidas como una bofetada; estaban conscientes de que era un momento excepcionalmente malo para traer un ser humano al mundo. Al enterarse, lloraron, se agarraron de las manos y se miraron a los ojos con miedos profundos.

La angustia de sus padres acompañó a Edith durante sus primeros años. A pesar de ser una bebé sanísima, creció esperando la muerte. No cualquier muerte, sino una tragedia que compartiría con todas y cada una de las personas que habitaban el planeta, que no conocía ni cono-



cería. Esas personas o sus hijos. Ella o sus hijos.

No tuvo hermanos: sus padres habían trazado planes de escape y estrategias de supervivencia en los que solo podían contabilizar a tres personas. Nunca quedó más claro que cuando Edith tenía seis años, y estando de pie en medio de la sala de la casa, atestiguó cómo el pasillo se había convertido en un río. Sus padres, aunque para la niña Edith eran adultos capaces de todo, no pudieron hacer nada para detener el curso violento del agua. Durante los 30 minutos que precedieron el suceso, se habían asomado los tres por las ventanas con los oídos zumbando de adrenalina, espectadores inútiles de la corriente que empezaba a alcan-

zar la puerta principal. Pronto empezó el pánico, el estruendo de no creer que se llevaba los trapos, los muebles, los juguetes favoritos, los adornos y las plantas de interior; obligaba a los padres de Edith a gritarse por sobre la rayería y el viento para coordinar una salida por la puerta al patio, que estaba abierta y dejaba ver la tormenta a la que se enfrentarían. Al mirar abajo, Edith vio que el agua le alcanzaba los pies; su mamá la levantó del suelo con un movimiento certero, la acomodó en sus caderas, y se lanzó al agua mugrienta, caminando lento y resistiéndose al tirón hacia atrás de sus jeans mojados.

Lo último que vio Edith antes de dejar la casa fue a los gatos subidos en la mesa, maullando con ojos entornados. Después de eso, escondió su cara en el pecho de su madre, y escuchó que su corazón latía acelerado.

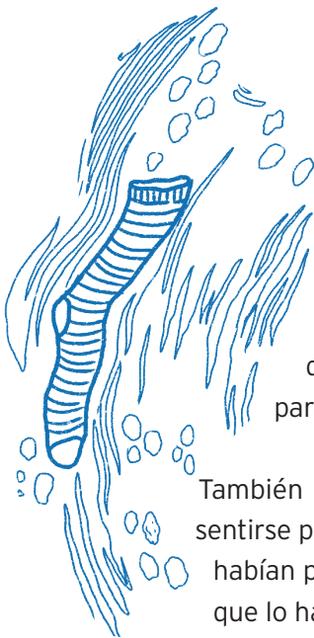


Cuando volvieron del albergue, descubrieron que habían perdido la mayoría de sus pertenencias, que los gatos se habían escapado y que el carro había sido arrastrado contra las ventanas del frente. Edith estaba

Después de eso, se deshicieron del carro y del garaje y, ante los ojos de desaprobación de los vecinos, rellenaron esos metros cuadrados con tierra viva. En el medio, sembraron un cenízaro, y juntos esparcieron con las manos semillas de hierbas de matorral a su alrededor.

furiosa, pero su mamá se agachó frente a ella y le dijo: “Edith, el agua no tiene la culpa”.

Después de eso, se deshicieron del carro y del garaje y, ante los ojos de desaprobación de los vecinos, rellenaron esos metros cuadrados con tierra viva. En el medio, sembraron un cenízaro, y juntos esparcieron con las manos semillas de hierbas de matorral a su alrededor. Conforme crecieron, las raíces de las plantas colonizaron el terreno. Los colibríes



y abejas trajeron frutos inesperados que la familia no había tenido la intención de sembrar, y que empezaron a formar parte de su dieta. La casa desapareció casi por completo detrás de este bosquecito y les brindó la compañía constante de los pájaros y atardeceres que proyectaban las sombras de las plantas sobre las paredes blancas de la casa.

También les trajo un tipo muy particular de melancolía: la de sentirse parte del jardín, y entender, por tanto, que los humanos habían precipitado la tragedia de todas las delicadas criaturas que lo habitaban.

Lentamente, con intervalos de algunos años, los vecinos empezaron a decidirse, con dudas y reservas, a atravesar transformaciones parecidas; el río seguía metiéndose en sus casas, desbordándose sobre el concreto, explayándose como era su derecho a lo ancho de su cauce original. Por eso, empezaron a hacer cosas que antes no hacían, como detenerse a saludar y pedir consejos sobre la mejor manera de cuidar de cierta planta, o cosechar sus primeras zanahorias y rabanitos para repartir entre los vecinos.

Cuando Edith tenía doce años, sus padres se divorciaron simbólicamente; tomaron la decisión a la sombra del cenízaro. Sus vidas interiores habían crecido tanto que ya no cabían dentro de la misma casa. En las negociaciones que siguieron, quedó claro que ninguno de los dos podía o quería separarse del jardín,, así que dividieron la propiedad. Su padre compró una hectárea en la parte trasera del terreno, y empezó a recibir un estipendio público a cambio de regenerarla; construyó una cabaña sobre pilotes detrás de la casa original, y se convirtió en el vecino.

Diecisiete años después, una mañana de enero del 2052, Edith, adulta pero aún víctima permanente de su melancolía, manejaba



la bici hacia Montes de Oca por el corredor verde de Freses, el cual conectaba, casi de punta a punta, su apartamento en Curridabat con la estación del tren de San Pedro.

Le urgía saberlo porque el día anterior se había enterado de que ella misma estaba embarazada, una noticia que le había traído todo tipo de emociones, pero sobre todo la congoja de tener que imaginar un futuro posible.

El viento le rozaba la cara; la época seca había al fin empezado, y el amanecer se filtraba por entre los árboles y plantas a ambos lados del camino, proyectando sus sombras sobre el suelo.

Aunque iba aparentemente en paz y a tiempo, su mente no tenía descanso: estaba decidida a tomar el primer tren hacia Heredia y visitar a sus padres, con la intención de averiguar si hoy en día, a sus más de 60 años, eran felices. Le urgía saberlo porque el día anterior se había

enterado de que ella misma estaba embarazada, una noticia que le había traído todo tipo de emociones, pero sobre todo la congoja de tener que imaginar un futuro posible.

Algunas cosas habían cambiado. Algunas de las malas hierbas que se asomaban apenas entre las grietas de concreto mientras Edith aprendía a andar en bici veinte años antes se habían convertido en bosque, y habían traído frescura y silencio a las zonas urbanas; franjas de verde que ahora resultaban indispensables para absorber las lluvias cada vez más fuertes de la cada vez más larga época lluviosa.

El puerto todavía existía; habían pospuesto veinte años la fecha de su cataclismo.

A pesar de esto, sintonizar el optimismo era muy difícil: a veces, Edith lo sentía como un fueguito en el pecho que luego, sintiendo que era muy pronto para proclamar victoria, apagaba a propósito.



El tren atravesó las montañas aún húmedas por las recientes lluvias; algunos barrios privados en el camino se habían deshecho de sus portones y sus cercados eléctricos y los habían reemplazado por árboles, por ramblas, por corredores verdes. Las cercas y muros aún existían se

Dejó la bicicleta en el parqueo de la estación y emprendió el camino de cuarenta minutos, a través del centro del pueblo y la geografía irregular de sus alrededores, hasta llegar al barrio de su infancia.

veían cada vez más anacrónicos, vestigios de ese fin del mundo inminente que aún no había sido.

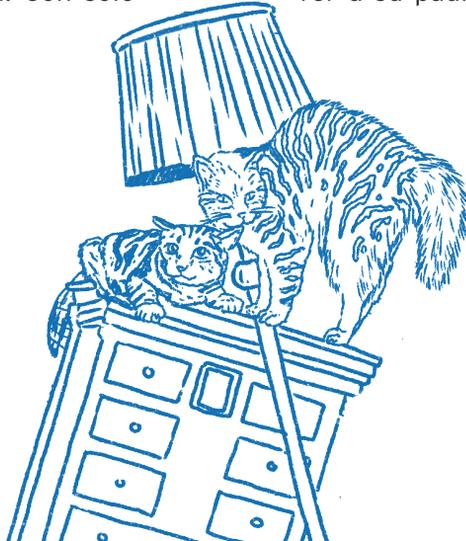
Al llegar a Heredia, Edith observó el cielo despejado, el sol de las 7:30 de la mañana, y sintió ganas de caminar. Dejó la bicicleta en el parqueo de la estación y emprendió el camino de cuarenta minutos, a través del centro del pueblo y la geografía irregular de sus alrededores, hasta llegar al barrio de su infancia.

La recibió la huerta comunal que marcaba el final de la carretera. Ahí empezaba el camino peatonal que bordeaba el terreno y conducía a la casa de sus padres.

Entre las lechugas, un grupo de pensionados se repartía café y tortillas. Edith dijo en voz alta cada uno de sus nombres.

—¡Hola, doña Julia, doña Laura, don Eric, don Pablo, don Luis Diego!

Encontró a sus padres desayunando juntos en la terracita de madera que compartían. Con solo ver a su padre, recibió la



respuesta a su pregunta: estaba evidentemente complacido, sentado de pierna cruzada con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, leyendo con soltura en su teléfono.

Durante ese periodo, no solo le inculcó a Edith el amor por la bicicleta, sino también por las valientes “malas hierbas” que crecían donde fuera, y que eran la comida favorita de las abejas.

Era más difícil descifrar el estado de su madre, que espantaba insistentemente las moscas que se posaban sobre las frutas, y se rehusaba a sentarse.

Como era costumbre cuando los visitaba, dividió su tiempo entre ellos. Pasó la mañana con su padre, quién tenía los ojos más cándidos y encendidos que nunca. Esa mirada, intensa como un aguacero, había aparecido cuando Edith tenía más o menos diez años y, como parte de una generación piloto, tomó una licencia de paternidad retroactiva que le

permitió dedicarse por unos meses a *paternar*.

Durante ese periodo, no solo le inculcó a Edith el amor por la bicicle-

Mientras inspeccionaban las plantas de chile, Edith le preguntó con soltura si era feliz. Él contestó que sí, que estaba feliz porque los pájaros habían esparcido las semillas de los tomates al patio de Marlen ...

ta, sino también por las valientes “malas hierbas” que crecían donde fuera, y que eran la comida favorita de las abejas. Cargaba a Edith a caballito en sus caminatas matutinas por los barrios de Heredia y le decía: “Tenés que ser como una mala hierba, valiente ante todo, creciendo en los lugares más inesperados, dando de comer a las abejas”.

Ahora, recién pensionado y orgulloso de su hectárea de bosque, paternaba sus tomates y chiles —los más valientes de todos sus cultivos— en el patio de atrás del terreno.



—Los tomates también son “mala hierbas”— le dijo a Edith, mostrándole las impresionantes plantas que olían a abundancia, se torcían y retorcían, y daban todo tipo de tomate, desde los pequeños y dulces que se comían uno tras otro como uvas, hasta los grandes y deformes que eran los más codiciados por los vecinos.

Mientras inspeccionaban las plantas de chile, Edith le preguntó con soltura si era feliz. Él contestó que sí, que *estaba feliz* porque los pájaros habían esparcido las semillas de los tomates al patio de Marlen la vecina, y que, a cambio, Marlen le daba cartones de huevos.

—¿Vos cómo estás?— preguntó de vuelta.

Sintiéndose satisfecha, Edith pasó el resto del día con su madre. Prepararon un almuerzo ligero y salieron a caminar. Le tocaron la puerta a Marlen, quién se apuró a traer sus zapatos para acompañarlas. Las tres mujeres se adentraron en el caminito que recorría el barrio, y se detuvieron varias veces a admirar los poró, los cenízaros, los rabos de zorro, y las impresionantes enredaderas de los patios delanteros de los vecinos.

Edith no encontraba el coraje para hacerle su pregunta. Tenía miedo de que la angustia de su madre resultara inamovible en el tiempo

Todo este tiempo, Edith observó a su madre, midiendo las posturas de su cuerpo y tratando de determinar si había también aguaceros en sus ojos; a veces, su mamá sentía su mirada sobre ella y sonreía como suelen hacer las madres —un poco extrañadas y, tal vez, inseguras—.

Edith no encontraba el coraje para hacerle su pregunta. Tenía miedo de que la angustia de su madre resultara inamovible en el tiempo, y que,

de decidir continuar con su embarazo, fuera ese también su destino.

Marlen volvió a su casa pasadas las cuatro. Edith y su madre se sentaron otra vez en la terraza. Los pájaros llegaron a posarse en las ramas de los árboles. Con el corazón acelerado y los oídos zumbando de adrenalina, Edith aprovechó el silencio contemplativo para preguntar.

Su madre pensó la respuesta por un largo rato.

— Estoy tranquila, mi amor.

— Pero eso no es lo mismo que *ser feliz*— dijo Edith casi para sí misma, apagando el fueguito que se había encendido en su pecho.

Hubo otro silencio.

— No estoy de acuerdo— dijo finalmente su madre, mientras las sombras de los árboles y las plantas le bailaban en la cara.



Más tarde, cuando Edith venía de vuelta de la estación de San Pedro,

sintió ganas de desviarse y visitar la rambla del río María Aguilar. Manejó por entre los transeúntes y las personas haciendo ejercicio hasta llegar a un lugar de descanso. Apoyó la bicicleta contra un árbol y bajó la pendiente hacia el cauce.

Dos mujeres descansaban cerca. Edith sonrió y musitó un tímido “hola”, como pidiendo permiso para compartir el espacio. Ellas sonrieron de vuelta.

Edith se sentó al borde del río. No supo que, aferrada a las ramas superiores de un árbol, una somnolienta perezosa de tres dedos la observaba. Al reacomodarse, la perezosa levantó su pata delantera para





Biografías de los autores

LOS CUENTOS

Olivia Fernández Torres es graduada de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Tatuadora y artista plástica, activista trans, partidaria del aceleracionismo y la liberación de género. Estudiante del pensamiento utópico y de sus implicaciones políticas.

Leonardo Porras Cabrera es indígena del territorio Brorán. Maestro de cultura en las comunidades de Bijagual, La Sabana y Ceibón. Autor del libro de poesía *Dbon shric shric orcuo bon (Huella de jaguar)*, publicado por Amargord Ediciones. Ganador del primer lugar en el Certamen Brunca, organizado por la Universidad Nacional de Costa Rica, en la modalidad de poesía regional.

Shirley Campbell Barr es poeta, escritora y antropóloga con estudios en feminismo africano y experta en cooperación internacional. Tiene seis poemarios y decenas de artículos, crónicas, entrevistas y poemas publicados en diversos países. Ha vivido en Zimbabue, El Salvador, Honduras, Jamaica, Estados Unidos, Brasil y Panamá.

Emilia Macaya es doctora en Literatura por la Universidad de Montreal, Canadá. Ensayista y narradora, entre sus obras publicadas se encuentran *La sombra en el espejo*, *Espíritu en carne altiva* y las novelas *Diez días de un fin de siglo* y *Más allá del río*. Recibió el Premio Áncora de Literatura 1987-1988 y el Premio Nacional de Literatura Aquileo Echeverría en 2020.

Luis Chaves ha publicado poesía, narrativa y crónica. Su trabajo se ha traducido a varios idiomas. Entre otras publicaciones, están la novela *Salvapantallas* (Seix Barral, 2015), el volumen que reúne toda su poesía hasta el momento, *Falso documental* (Seix Barral, 2016), la crónica *Vamos a tocar el agua* (Seix Barral, 2020) y la fábula *O.W.* (Encino Ediciones, 2020).

David Ulloa es escritor y periodista. Es fundador de la revista *Orgullo*, destacada en 2020 con el Premio Nacional de Comunicación Cultural Joaquín García Monge. Publicó su primer libro de cuentos, *Cartas a hombres* (2018) con el sello independiente Feliz Feliz y su reedición con la Editorial UNED en 2020.

Daniel Quirós es doctor en Literatura por la University of California, San Diego, donde también completó una maestría en Estudios Latinoamericanos. Ha publicado la colección de cuentos *A los cuatro vientos* (2009/2021) y las novelas *Verano rojo* (Premio Nacional Aquileo Echeverría 2010), *Lluvia del norte* (2014) y *Mazunte* (2015). Trabaja como profesor en Lafayette College.



Santiago Porras Jiménez es agrónomo y escritor con estudios en La Escuela Agrícola Panamericana en Honduras (El Zamorano, 1972), en el Tecnológico de Monterrey (1982), en la BUAP, México, y la Universidad Estatal a Distancia, C. R. (2002). Ha publicado cuatro cuentarios, dos novelas, un libro de ensayos, otro de crónicas de viajes y uno sobre El Zamorano.

José Pablo León es hijo del sur de San José. Estudiante de Ingeniería de Alimentos de la Universidad de Costa Rica. Aficionado a la escritura y amante de los cuentos. Forma parte del Colectivo Plumas Disidentes. Lo inspira lo subalterno, la acción política, la diversidad biológica, cultural y lo “hermoso” en lo cotidiano.

Ana Luisa Mora Fernández es guionista audiovisual, profesora de inglés y escritora de prosa y poesía. En 2014 publicó el poemario *Un hombre teórico*, bajo el sello editorial Germinal. Entusiasta de los idiomas, la narrativa sonora y los polinizadores. Actualmente reside entre San José, Costa Rica, y Estocolmo, Suecia.

Camila Schumacher es inmigrante, hija y nieta de inmigrantes. Tiene siete libros publicados, desde poemarios hasta novelas juveniles. Recibió el Premio Nacional Aquileo Echeverría en el 2019, por *Atrevidas*, relatos polifónicos de mujeres trans. Comunicadora, docente, activista y facilitadora de talleres literarios y proyectos educativos con poblaciones vulnerables.





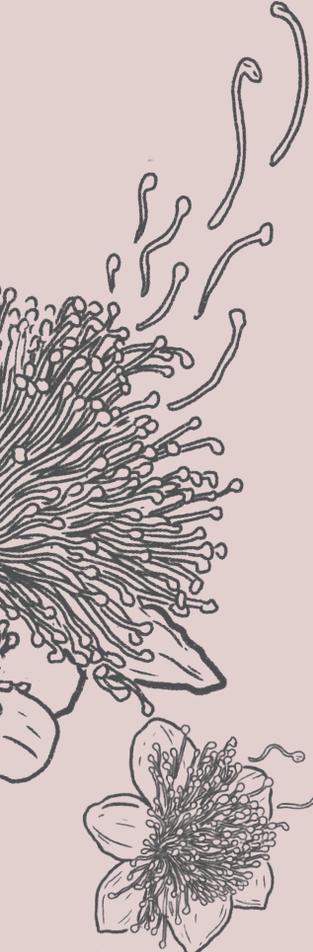
Catalina Murillo ha vivido toda su vida de la palabra, escrita, hablada o interpretada. Estudió periodismo, comunicación y guion audiovisual. Ha publicado varios libros, infinidad de artículos y se ha dedicado a escribir guiones de cine y tele. El 6 de junio de 2070 cumplirá cien años.

LAS ILUSTRACIONES

Desde pequeña, **Elizabeth Argüello** adquirió la habilidad de hablar en voz alta con sus dibujos y crear conversaciones visuales. Su obra combina la ilustración, la pintura y el muralismo. Ha trabajado en proyectos de arte público, escultóricos, editoriales, textiles y virtuales. Su trabajo ha sido expuesto en países como Argentina, México, Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica.

EL DISEÑO GRÁFICO

Zoveck Estudio nació en el 2004, en México, fundado por Sonia Romero y Julio Carrasco, egresados de la carrera de Comunicación Gráfica y de una maestría en Artes Visuales. Juntos, Romero y Carrasco han desarrollado un estilo propio de diseño, surrealista, universal y atemporal. Su propuesta estética, inspirada en los objetos cotidianos, el *kitsch* mexicano y el *collage*, les ha otorgado un lugar destacado en prestigiosas publicaciones de arte y diseño.



CRÉDITOS

Comité de coordinación editorial del proyecto:

Departamento de Cambio Climático:

Diego Arguedas Ortiz, Stephanie Altamirano Zeledón
y Felipe De León Denegri

Banco Interamericano de Desarrollo:

Andreas Fazekas (Plataforma NDC Invest)

Consultor independiente del proyecto:

Fernando Chaves Espina

Producción y coordinación editorial:

Jurgen Ureña, Emma Tristán and Mariela Sáenz
Futuris Consulting

Asesoría Editorial:

Stephanie Monterrosa

Coordinación artística:

Fernando Chaves Espinach

Diseño:

Sonia Romero y Julio Carrasco (Zoveck Estudio)

Ilustraciones:

Elizabeth Argüello

Traducción al inglés:

Laura Montoya